

# La ilusión del metacontrol imperial del caos y el neofascismo\*

Jorge Beinstein\*\*

*In memoriam*

A manera de homenaje, en este espacio ofrecemos dos profundos ensayos de Jorge Beinstein, de ahí el nombre que hemos elegido para presentarlos en este número de *Estudios Latinoamericanos*. Ambos escritos dan cuenta de lo que el autor denomina “la ilusión del metacontrol imperial del caos” en tiempos de la peor fase de la relación entre capitalismo y decadencia, para exponerla como fundamento de la tendencia contemporánea al neofascismo mundial. Periodiza la compleja relación entre la economía y el sistema militar de Estado Unidos, contrastando lo que se conoce como “keynesianismo militar” o “economía de guerra permanente”, con una fase ulterior poskeynesiana. Mientras la fase del keynesianismo militar es caracterizada como una etapa en la cual el crecimiento de la economía militar funciona como una fuerza de arrastre propulsora del nivel de empleo y la prosperidad general, la fase poskeynesiana se escudriña mostrando, desde finales de los noventa, que el ascenso de los gastos de orden militar ya no produce el mismo impacto, de suerte que deriva en déficit fiscal y endeudamiento sin contribuir de ningún modo el aumento neto del nivel de empleo en Estados Unidos.

*Luis Arizmendi Rosales*

\* El trabajo reúne dos artículos de Jorge Beinstein ya publicados. El primero en 2013: “La ilusión del metacontrol imperial del caos. La mutación del sistema de intervención militar de Estados Unidos”, en *Mundo Siglo XXI*, núm. 30, vol. VIII. Dirección URL: <<https://www.mundsigloxxi.ipn.mx/pdf/v08/30/02.pdf>>, y el segundo en 2018: “Neofascismo y decadencia. El planeta burgués a la deriva”, en *Alainet*, 3 de mayo. Dirección URL: <<https://www.alainet.org/es/articulo/192628>>. La edición de la presente versión estuvo a cargo de Luis Arizmendi.

\*\* Doctor de Estado en Ciencias Económicas por la Universidad de Franche Comté-Besançon, Francia. Profesor Emérito de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Fue director del Centro Internacional de Información Estratégica y Prospectiva de la Universidad de La Plata, Argentina. Participó permanentemente en la “Tribuna Internacional Socialismo en el Mundo”, que se desarrolló en Cavtat, con la asistencia de los referentes más significativos del pensamiento marxista internacional de ese periodo como Harry Magdoff, Eric Hobsbawm, Ernest Mandel, Henry Lefebvre y Samir Amin, entre otros. Autor de más de medio millar de publicaciones, entre otras: *Capitalismo global, crónica de una decadencia*, Ediciones Cartago, 2012; *Comunismo del Siglo XXI*, Ediciones Trinchera, 2012; *Manual de Prospectiva*, Argentina, Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, 2013; *Comunismo o Nada*, Ediciones Trinchera, 2015; *Mauricio Macri, orígenes e instalación de una dictadura mafiosa*, Ediciones Caliban, 2017.

*ESTUDIOS LATINOAMERICANOS*, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 47-48, ENERO-DICIEMBRE, 2021, PP. 153-189.

## Guerra y economía

Conceptos tales como “keynesianismo militar” o “economía de la guerra permanente” constituyen buenos disparadores para entender el largo ciclo de prosperidad imperial de Estados Unidos: su despegue, hace algo más de siete décadas, su auge y el reciente ingreso a su etapa de agotamiento abriendo un proceso militarista-decadente actualmente en curso.

En 1942, Michal Kalecki exponía el esquema básico de lo que posteriormente fue conocido como “keynesianismo militar”. Apoyándose en la experiencia de la economía militarizada de la Alemania nazi, el autor señalaba las resistencias de las burguesías de Europa y Estados Unidos a la aplicación de políticas estatales de pleno empleo basadas en incentivos directos al sector civil y su predisposición a favorecerlas cuando se orientaban hacia las actividades militares (Kalecki, 1943).<sup>1</sup> Más adelante Kalecki, ya en plena Guerra Fría, describía las características decisivas de lo que calificaba como “triángulo hegemónico del capitalismo estadounidense”, que combinaba la prosperidad interna con el militarismo descrito como convergencia entre gastos militares, manipulación mediática de la población y altos niveles de empleo (Kalecki, 1972).

Esta línea de reflexión, a la que se adhirieron entre otros Harry Magdoff, Paul Baran y Paul Sweezy, planteaba tanto el éxito a corto y mediano plazo de la estrategia de “manteca y cañones” (*Guns and Butter Economy*) que fortalecía al mismo tiempo la cohesión social interna de Estados Unidos y su presencia militar global, como sus límites e inevitable agotamiento a largo plazo.

Sweezy y Baran pronosticaban –acertadamente– hacia mediados de los años 1960 que uno de los límites decisivos de la reproducción del sistema provenía de la propia dinámica tecnológica del keynesianismo militar, pues la sofisticación técnica creciente del armamento tendía inevitablemente a aumentar la productividad del trabajo reduciendo sus efectos positivos sobre el empleo y, finalmente, la cada vez más costosa carrera armamentista tendría efectos nulos o incluso negativos sobre el nivel general de ocupación (Sweezy y Baran, 1966).

Es lo que se hizo evidente desde finales de los años 1990, cuando se inició una nueva etapa de gastos militares ascendentes que continúa en la actualidad, marcando el fin de la era del keynesianismo militar. Ahora, el desarrollo en Estados Unidos de la industria de armas y sus áreas asociadas incrementa el gasto público causando déficit fiscal y endeudamiento, sin contribuir a aumentar en términos netos el nivel

<sup>1</sup> Esta exposición, desarrollada en la Marshall Society (Cambridge) en la primavera de 1942, fue publicada al año siguiente.

general de empleo. En realidad, su peso financiero y su radicalización tecnológica contribuyen de manera decisiva a mantener altos niveles de desocupación y un crecimiento económico nacional anémico o negativo, transformándose así en un catalizador que acelera y profundiza la crisis del Imperio (MacDonald, 2007).

Los primeros textos referidos a la llamada “economía de la guerra permanente” aparecieron en Estados Unidos a comienzos de la década de 1940. Se trataba de una visión simplificadora que, por lo general, subestimaba los ritmos y atajos concretos de la historia, pero que hoy resulta sumamente útil para comprender el desarrollo del militarismo en el muy largo plazo.

Hacia 1944, Walter Oakes definía una nueva fase del capitalismo donde los gastos militares ocupaban una posición central: no se trataba de un hecho coyuntural impuesto por la Segunda Guerra Mundial en curso, sino de una transformación cualitativa integral del sistema, cuya reproducción ampliada universal durante más de un siglo había terminado por generar masas de excedentes de capital que no encontraban en las potencias centrales espacios de aplicación en la economía civil productora de bienes y servicios de consumo y producción. La experiencia de los años 1930, como lo demostraba Oakes, señalaba que ni las obras públicas del *New Deal* de Roosevelt en Estados Unidos, ni la construcción de autopistas en la Alemania nazi, habían conseguido una significativa recuperación de la economía y el empleo: sólo la puesta en marcha de la economía de guerra en Alemania primero y, desde 1940, en Estados Unidos había logrado dichos objetivos (Oakes, 1944).

En el caso alemán la carrera armamentista terminó con una derrota catastrófica, en el caso estadounidense la victoria no llevó a la reducción del sistema militar-industrial sino a su expansión. Al reducirse los efectos de la guerra, la economía de Estados Unidos comenzó a enfriarse y el peligro de recesión asomó su rostro, pero el inicio de la Guerra Fría y luego la Guerra de Corea (1950) alejaron al fantasma abriendo un nuevo ciclo de gastos militares.

En octubre de 1949 el profesor de la Universidad de Harvard, Summer Slichter, de gran prestigio en ese momento, señalaba ante una convención de banqueros: “[La Guerra Fría] incrementa la demanda de bienes, ayuda a mantener un alto nivel de empleo, acelera el progreso tecnológico, todo lo cual mejora el nivel de vida en nuestro país... en consecuencia nosotros deberíamos agradecer a los rusos por su contribución para que el capitalismo funcione mejor que nunca en Estados Unidos”. Hacia 1954 aparecía la siguiente afirmación en la revista *U.S. News & World Report*: “¿Qué significa para el mundo de los negocios la Bomba H? Un largo periodo de grandes ventas que se incrementarán en los próximos años. Podríamos concluir con esta afirmación: la Bomba H ha arrojado a la recesión por la ventana” (Foster, Holleman y McChesney, 2008).

Como lo señalaba a comienzos de los años 1950 T. N. Vance, uno de los teóricos de la “economía de la guerra permanente”, Estados Unidos había ingresado en una sucesión de guerras que definían de manera irreversible las grandes orientaciones de la sociedad, después de la Guerra de Corea sólo cabía esperar nuevas guerras (Vance, 1950; Vance, 1951).

En su texto fundacional de la teoría, Walter Oakes realizaba dos pronósticos decisivos: la inevitabilidad de una tercera guerra mundial, que ubicaba hacia 1960, y el empobrecimiento de los trabajadores estadounidenses desde finales de los años 1940, provocados por la dinámica de concentración de ingresos motorizada por el complejo militar-industrial (Oakes, 1944).

Podemos, en principio, considerar desacertados dichos pronósticos. No se produjo la tercera guerra mundial, aunque se consolidó la Guerra Fría, que mantuvo la ola militarista durante más de cuatro décadas, atravesada por dos grandes guerras regionales –Corea y Vietnam– y una densa serie de pequeñas y medianas intervenciones imperiales directas e indirectas. Cuando terminó la Guerra Fría, luego de un breve intermedio en los años 1990, la guerra universal del Imperio prosiguió contra nuevos “enemigos” que justificaban su desarrollo –“guerras humanitarias”, “guerra global contra el terrorismo”, etcétera. Así, la oferta de servicios militares, el “aparato militarista” y las áreas asociadas al mismo creaban, inventaban, su propia demanda.

Tampoco se precipitó el empobrecimiento de las clases bajas de Estados Unidos, por el contrario, la redistribución keynesiana de ingresos se mantuvo hasta los años 1970, el nivel de vida de los trabajadores y las clases medias mejoró sustancialmente, funcionó la interacción positiva entre militarismo y prosperidad general. A eso contribuyeron varios factores, entre ellos: la explotación de la periferia ampliada gracias a la emergencia de Estados Unidos como superpotencia mundial apuntalada por su aparato militar; el restablecimiento de las potencias capitalistas afectadas por la guerra –Japón, Europa Occidental– que en la nueva era se encontraban estrechamente asociadas a Estados Unidos, y el enorme efecto multiplicador a nivel interno de los gastos militares sobre el consumo, el empleo y la innovación tecnológica. Algunos de estos factores, subestimados por Oakes, habían sido señalados a mediados de los años sesenta por Sweezy y Baran (1966).

Sin embargo, la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca, en 1980, marcó una ruptura en la tendencia –aunque ya desde la década de 1970 habían aparecido los primeros síntomas de la enfermedad–, y se inició un proceso de concentración de ingresos que fue avanzando cada vez más rápido en las décadas posteriores.

Entre 1950 y 1980 el uno por ciento más rico de la población de Estados Unidos absorbía cerca de 10 por ciento del Ingreso Nacional –aunque hay que decir que entre

1968 y 1978 se mantuvo por debajo de esa cifra. No obstante, desde comienzos de los años ochenta esa participación fue ascendiendo, de manera que hacia 1990 llegaba a 15 por ciento y cerca del año 2009 se aproximaba a 25 por ciento. Por su parte, para 1950, el 10 por ciento más rico absorbía 33 por ciento del Ingreso Nacional, manteniéndose siempre por debajo de 35 por ciento hasta finales de los años setenta, pero en 1990 ya llegaba a 40 por ciento y en 2007 a 50 por ciento (Piketty y Saez, 2012).

El salario horario promedio fue ascendiendo en términos reales desde los años 1940 hasta comienzos de 1970, cuando comenzó a descender; un cuarto de siglo más tarde, había bajado en casi 20 por ciento (U. S. Bureau of Labor Statistics, s/f). A partir de la crisis de 2007-2008, con el rápido aumento de la desocupación, se aceleró la concentración de ingresos y la caída salarial: algunos autores utilizan el término “implosión salarial” (Shierholz y Mishel, 2009).

Una buena expresión del deterioro social es el aumento de los estadounidenses que reciben bonos de ayuda alimentaria (*food stamps*). Dicha población indigente llegaba a casi 3 millones en 1969 (en plena prosperidad keynesiana), subió a 21 millones en 1980, a 25 millones en 1995 y a 47 millones en 2012 (Food Research and Action Center, s/f).

Mientras tanto los gastos militares no dejaron de crecer, impulsados por sucesivas olas belicistas incluidas en el primer gran ciclo de la Guerra Fría (1946-1991) y en el segundo ciclo de la “guerra contra el terrorismo” y las “guerras humanitarias” desde finales de los años 1990 hasta el presente: guerra de Corea, guerra de Vietnam, “guerra de las Galaxias” de la era Reagan, guerra de Kosovo, guerras de Irak y Afganistán, etcétera.

Luego de la Segunda Guerra Mundial podemos establecer dos periodos bien diferenciados en la relación entre gastos públicos y crecimiento económico –y del empleo– en Estados Unidos. El primero abarca desde mediados de 1940 hasta finales de los años 1960, cuando los gastos públicos crecen y las tasas de crecimiento económico se mantienen en un nivel elevado. Son los años dorados del keynesianismo militar. Le sigue un periodo en el que los gastos públicos continúan subiendo tendencialmente pero las tasas de crecimiento económico oscilan en torno de una línea descendente, marcando la decadencia y el fin del keynesianismo: el efecto multiplicador positivo del gasto público declina inexorablemente hasta llegar al dilema sin solución, evidente en estos últimos años de crecimientos económicos anémicos donde una reducción del gasto estatal tendría fuertes efectos recesivos, mientras que su incremento posible –cada vez menos viable– no mejora de manera significativa la situación.

Así como el “éxito” histórico del capitalismo liberal en el siglo XIX produjo las condiciones de su crisis, su superador keynesiano también generó los factores de su posterior decadencia. La marcha exitosa del capitalismo liberal concluyó con una gigantesca crisis de sobreproducción y sobreacumulación de capitales que desató rivalidades interimperialistas, militarismo y estalló bajo la forma de Primera Guerra Mundial (1914-1918). La “solución” consistió en la expansión del Estado, en especial su estructura militar, Alemania y Japón fueron los pioneros.

La transición turbulenta del viejo al nuevo sistema duró cerca de tres décadas (1914-1945) y de ella emergió Estados Unidos como única superpotencia capitalista integrando estratégicamente a su esfera de dominación a las otras grandes economías del sistema. El keynesianismo militar apareció entonces en el centro dominante de Estados Unidos, el centro del mundo capitalista. Vance señalaba que “con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos y el capitalismo mundial entraron en la nueva era de la Economía de la Guerra Permanente” (Vance, 1951). Así fue, si lo entendemos como victoria definitiva del nuevo sistema precedida por una compleja etapa preparatoria iniciada en la segunda década del siglo XX.

Su génesis está marcada por el nazismo, primer ensayo exitoso-catastrófico de “keynesianismo militar”. Su trama ideológica, que lleva hasta el límite más extremo el delirio de la supremacía occidental, sigue aportando ideas a las formas imperialistas más radicales de Occidente, como los halcones de George W. Bush o los sionistas neonazis del siglo XXI. Por otra parte, estudios rigurosos del fenómeno nazi descubren no sólo sus raíces europeas –fascismo italiano, nacionalismo francés, etcétera– sino también norteamericanas (Losurdo, 2004). Aunque luego de la guerra el triunfo de la economía militarizada en Estados Unidos asumió un rostro “civil” y “democrático”, ocultando sus fundamentos bélicos.

La decadencia del keynesianismo militar encuentra una primera explicación en su hipertrofia e integración a un espacio parasitario imperial más amplio donde la trama financiera ocupa un lugar decisivo. En una primera etapa el aparato industrial-militar y su entorno se expandieron convirtiendo al gasto estatal en empleos directos e indirectos, en transferencias tecnológicas dinamizadoras del sector privado, en garantía blindada de los negocios imperialistas externos, etcétera. Pero con el correr del tiempo, con el ascenso de la prosperidad imperial, incentivó y fue incentivado por una multiplicidad de formas sociales que parasitaban sobre el resto del mundo al mismo tiempo que tomaban cada vez mayor peso interno. Además, el continuo crecimiento económico terminó provocando saturaciones de mercados locales, acumulaciones crecientes de capital, concentración empresarial y de ingresos. El capitalismo estadounidense y global se encaminaba, hacia fines de los años 1960, a una gran crisis de sobreproducción que provocó las primeras perturbaciones importantes bajo la forma de crisis monetarias –crisis de la libra esterlina, fin del patrón

dólar-oro en 1971–, luego energéticas (*shocks* petroleros de 1973-1974 y 1979) atravesadas por desajustes inflacionarios y recesivos (*estanflación*).

En las décadas siguientes la crisis no fue superada sino amortiguada, postergada a través de la superexplotación y el saqueo de la periferia, la financiarización, los gastos militares, etcétera. Todo ello no reinstaló el dinamismo de la posguerra, pero impidió el derrumbe, suavizó la enfermedad agravándola a largo plazo.

La tasa de crecimiento real de la economía estadounidense fue recorriendo de manera irregular una línea descendente y en consecuencia sus gastos improductivos crecientes fueron cada vez menos respaldados por la recaudación tributaria. Y al déficit fiscal se le sumó el déficit del comercio exterior perpetuado por la pérdida de competitividad global de la industria. El Imperio se fue convirtiendo en un mega parásito mundial, acumuló deudas públicas y privadas ingresando en un círculo vicioso ya visto en otros imperios decadentes. El parasitismo degrada al parásito, lo hace más y más dependiente del resto del mundo, lo que exacerba su intervencionismo global, su agresividad militar.

El mundo es demasiado grande desde el punto de vista de sus recursos concretos (financieros, militares, etcétera) pero el logro del objetivo históricamente imposible de dominación global es su única posibilidad de salvación como Imperio. Los gastos militares y el parasitismo en general aumentan, los déficits crecen, la economía se estanca, la estructura social interna se deteriora. Lo que Paul Kennedy definía como “*excesiva extensión imperial*” (Kennedy, 1989) es un hecho objetivo determinado por las necesidades imperiales que opera como una trampa histórica de la que el Imperio no puede salir.

### **Gastos militares**

Los gastos militares de Estados Unidos aparecen subestimados en las estadísticas oficiales. En 2012 los gastos del Departamento de Defensa llegaron a unos 700 mil millones de dólares. Si a los mismos se les adicionan los gastos militares que aparecen integrados –diluidos– en otras áreas del Presupuesto –Departamento de Estado, USAID, Departamento de Energía, CIA y otras agencias de seguridad, pagos de intereses, etcétera– se llegaría a una cifra cercana a los 1.3 billones (millones de millones) de dólares (Hellman, 2011). Esa cifra equivale a casi 9 por ciento del Producto Interno Bruto, a 50 por ciento de los ingresos fiscales previstos y a 100 por ciento del déficit fiscal.

Esos gastos militares reales representaron casi 60 por ciento de los gastos militares globales, aunque si les sumamos los de sus socios de la OTAN y de algunos países

vasallos extra-OTAN como Arabia Saudita, Israel o Australia, se llegaría como mínimo a 75 por ciento.<sup>2</sup>

A partir del gran impulso inicial en la Segunda Guerra Mundial y el descenso en la inmediata posguerra, los gastos militares reales estadounidenses oscilaron en torno de una tendencia ascendente atravesando cuatro grandes olas belicistas: la guerra de Corea a comienzos de los años 1950, la guerra de Vietnam desde los años 1960 hasta mediados de 1970, la “guerra de las galaxias” de la era Reagan en los años 1980, y las guerras “humanitarias” y “contra el terrorismo” de la posguerra fría.

El keynesianismo militar del Imperio ha quedado en el pasado, pero la idea de que guerra externa y prosperidad interna van de la mano sigue dominando el imaginario de vastos sectores sociales en Estados Unidos, son restos ideológicos sin base real en el presente, pero útiles para la legitimación de las aventuras bélicas.

Néstor Kirchner, ex presidente de Argentina, reveló en una entrevista con el director Oliver Stone para su documental *South of the Border*, que el ex presidente de Estados Unidos George W. Bush estaba convencido de que la guerra era la manera de hacer crecer la economía de Estados Unidos. El encuentro entre ambos presidentes se produjo en una cumbre en Monterrey, México, en enero de 2004, y la versión del presidente argentino es la siguiente: “Yo dije que la solución a los problemas en este momento, le dije a Bush, es un Plan Marshall. Y él se enojó. Dijo que el Plan Marshall es una idea loca de los demócratas y que la mejor forma de revitalizar la economía es la guerra. Y que Estados Unidos se ha fortalecido con la guerra” (Cole, 2010).

Recientemente Peter Schiff, presidente de la consultora financiera *Euro Pacific Capital*, escribió un texto delirante, ampliamente difundido por las publicaciones especializadas cuyo título lo dice todo: “¿Por qué no otra Guerra Mundial?” (Schiff, 2010). Comienza su artículo señalando el consenso entre los economistas de que la Segunda Guerra Mundial permitió a Estados Unidos superar la Gran Depresión, y que si las guerras de Irak y Afganistán no consiguieron reactivar de manera durable a la economía estadounidense se debe a que “dichos conflictos son demasiado pequeños para ser económicamente importantes”.

Si enfocamos el análisis en la relación entre gastos militares, Producto Interno Bruto (PIB) y empleo, constataríamos lo siguiente: los gastos militares pasaron de 2,800 millones de dólares en 1940 a 91 mil millones en 1944 lo que impulsó al PIB nominal de 101 mil millones de dólares en 1940 a 214 mil millones en 1944, es decir, se duplicó en sólo cuatro años; la tasa de desocupación apenas bajó de 9 por ciento

<sup>2</sup> Cálculos propios con datos del Stockholm International Peace Research Institute (s/f) y el Banco Mundial.

en 1939 a 8 por ciento en 1940, pero en 1944 había caído a 0.7 por ciento. El primer salto importante en los gastos militares se produjo entre 1940 y 1941 cuando pasaron de 2 mil 800 millones de dólares a 12 mil 700 millones equivalentes a 10 por ciento del PIB (Vance, 1950), proporción bastante parecida a la de 2012 –1.3 billones de dólares, aproximadamente 9 por ciento del PIB. Esto significa que el gasto militar de 1944 equivalía a unas siete veces el de 1941. Si trasladamos ese salto a cifras actuales eso significa que el gasto militar real de Estados Unidos debería llegar en 2015 a unos 9 billones (millones de millones) de dólares equivalentes, por ejemplo, a siete veces el déficit fiscal de 2012. La sucesión de saltos en el gasto público, entre 2012 y 2015, acumularía una gigantesca masa de déficits que ni el ahorro de Estados Unidos ni el del resto del mundo estaría en condiciones de cubrir comprando títulos de deuda de un imperio enloquecido.

Schiff recuerda en su texto que, durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos compró 186 mil millones de dólares en bonos de deuda pública, equivalentes a 75 por ciento de la totalidad de gastos del gobierno federal entre 1941 y 1945, concluyendo que esa “proeza” es hoy imposible. Simplemente, nos explica Schiff llevando al extremo su razonamiento siniestro, no hay de dónde obtener el dinero necesario para poner en marcha una estrategia militar-reactivadora similar a la de 1940-1945.

En realidad, esa imposibilidad es mucho más fuerte. La economía de Estados Unidos de 1940 estaba dominada por componentes productivos, principalmente industriales, actualmente lo está por el consumismo, toda clase de servicios parasitarios –empezando por la maraña financiera–, la decadencia generalizada de la cultura de producción, etcétera. Esto nos indica que ni aun aplicando una inyección de gastos públicos equivalente a la de 1940-1945 se podría lograr una reactivación de esa envergadura. El parásito es demasiado grande, su senilidad está muy avanzada, no hay ninguna medicina keynesiana que lo pueda curar o que por lo menos sea capaz de restablecer una parte significativa de su vigor juvenil.

### **Privatización, informalización y elitización. Lumpen-imperialismo**

La guerra asiática, la más ambiciosa en la historia de Estados Unidos, fracasó tanto desde el ángulo político-militar como del económico. La estrategia de dominación de la franja territorial que va desde los Balcanes hasta Pakistán –pasando por Turquía, Siria, Irak, Irán y las ex repúblicas soviéticas de Asia central–, se encuentra hoy empantanada. Sin embargo, su desarrollo permitió transformar el dispositivo militar del Imperio convirtiendo su maquinaria de guerra tradicional en un sistema flexible a medio camino entre las estructuras formales regidas por la disciplina militar convencional y las informales, agrupando una maraña confusa de núcleos operativos oficiales y bandas de mercenarios.

El proceso de integración de mercenarios a las operaciones militares tiene antecedentes en los tramos finales de la Guerra Fría, la organización de los “contras” en Nicaragua y de los “muyahidines” en Afganistán (1970 y 1980) puede ser considerada como el primer paso de las nuevas estrategias de intervención. Decenas de miles de mercenarios fueron en esos casos entrenados, armados y financiados con resultados exitosos para el Imperio.

Según diversos estudios sobre el tema, Estados Unidos y Arabia Saudita gastaron unos 40 mil millones de dólares en las operaciones afganas –donde comenzó su carrera internacional el por entonces joven ingeniero Osama Bin Laden– asestando un golpe decisivo a la URSS (Dilip, 1999). Otro paso importante fueron las guerras étnicas en Yugoslavia durante los años de 1990, donde Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, principalmente Alemania, desarrollaron una compleja tarea de desintegración de ese país, cuyo éxito se apoyó en la utilización de mercenarios. El caso más notorio fue el de la guerra de Kosovo, donde se destacó el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) cuyos integrantes eran principalmente reclutados desde redes mafiosas –tráfico de drogas, etcétera– bajo el mando directo de la CIA extendiendo sus lazos hasta el ISI (Servicio de Inteligencia de Pakistán). Actualmente, el “Estado” kosovar “independiente” aparece vinculado con la intervención de la OTAN en Siria. En junio de 2012 el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia exigía el cese de las operaciones de desestabilización de Siria realizadas desde Kosovo (*Red Voltaire*, 2012).<sup>3</sup>

Estas nuevas prácticas de intervención fueron acompañadas por un denso proceso de reflexión de los estrategias imperiales disparado por la derrota en Vietnam. La “Guerra de baja intensidad” fue uno de sus resultados y las teorizaciones en torno de la llamada “Guerra de cuarta generación (4GW)” consolidaron la nueva doctrina en cuyo papel fundacional (1989) –redactado por William Lind y tres miembros de las fuerzas armadas de Estados Unidos y publicado en el *Marine Corps Gazette* (Lind et al., 1989)– son borradas las fronteras entre las áreas civil y militar: toda la sociedad enemiga, en especial su identidad cultural, pasa a ser el objetivo de la guerra.

La nueva guerra es definida como descentralizada, poniendo el énfasis en la utilización de fuerzas militares “no estatales” –es decir paramilitares–, empleando tácticas de desgaste propias de las guerrillas, etcétera. A ello se agrega el empleo intenso del sistema mediático, focalizado tanto contra la sociedad enemiga como abarcando a la llamada “opinión pública global” –el pueblo enemigo es al mismo tiempo atacado psicológicamente y aislado del mundo–, combinado con acciones de guerra de alto nivel tecnológico. En este último caso se trata de aprovechar la gigantesca brecha

<sup>3</sup> Una delegación de la oposición siria viajó a Kosovo, en abril de 2012, para la firma oficial de un acuerdo de intercambio de experiencias en materia de guerrilla antigubernamental.

tecnológica existente entre el Imperio y la periferia para golpearla sin peligro de respuesta, es lo que los especialistas denominan confrontación asimétrica *high-tech/no-tech*.

Las estadísticas oficiales referidas a los mercenarios son por lo general confusas y parciales, de todos modos, algunos datos provenientes de fuentes gubernamentales, civiles o militares, pueden ilustrarnos acerca de la magnitud del fenómeno. En primer lugar el rol del Departamento de Defensa, principal contratista de mercenarios: su presupuesto destinado a esos gastos se incrementó en cerca de 100 por ciento entre los años 2000 y 2005 empleando modalidades propias de las grandes empresas transnacionales como la tercerización y la relocalización de actividades, lo que ha producido un gigantesco universo en expansión de negocios privados consagrados a la guerra, financiados por el Estado y generadores de intrincados entramados de corrupciones y corruptelas (Isenberg, 2012a y 2012b).

El llamado “Comando Central” militar de Estados Unidos (US CENTCOM) dio a conocer recientemente algunos datos significativos: los mercenarios contratados reconocidos en el área de Medio Oriente-Asia Central llegarían a unos 137 mil, trabajando directamente para el Pentágono; de ese total sólo unos 40 mil serían ciudadanos estadounidenses. Aunque según datos del Departamento de Defensa, sumando los datos de Afganistán e Irak estarían en el terreno unos 175 mil soldados regulares y 190 mil mercenarios, es decir, 52 por ciento del total (Isenberg, 2012b).

A estas cifras debemos agregar en primer lugar a los mercenarios contratados por otras áreas del gobierno estadounidense, como el Departamento de Estado y luego los contratos en zonas del mundo como África, donde el AFRICOM (Comando militar estadounidense en ese continente) ha incrementado exponencialmente sus actividades durante el último lustro; luego debemos incorporar a los mercenarios actuando bajo el mando estratégico estadounidense pero contratados por países vasallos como las petromonarquías del Golfo Pérsico, lo que es visible en los casos de Libia y Siria.

Deben ser también incluidos los mercenarios operando en otras regiones de Asia y en América Latina. Pero la cuenta no termina allí, ya que a ese universo es necesario agregar las redes mafiosas y/o paramilitares agrupando en todos los continentes a un “personal disponible” que se autofinancia gracias a actividades ilegales –drogas, prostitución, etcétera– protegidas por diversas agencias de seguridad estadounidenses como la DEA o bien que integra “agencias de seguridad privada”, muy notorias por ejemplo en América Latina, legalmente establecidas en los países periféricos y estrechamente vinculadas a agencias privadas estadounidenses y a la DEA, la CIA y otros organismos de inteligencia del Imperio.

Y la lista sigue. Recientemente apareció publicada en el *Washington Post* una

investigación referida a la “América ultrasecreta” (*Top Secret America*) de las agencias de seguridad que informa acerca de la existencia actual de 3 mil 202 agencias de seguridad – mil 271 públicas y mil 931 privadas– empleando a unas 854 mil personas trabajando en temas de “antiterrorismo”, seguridad interior e inteligencia en general, instaladas en unos 10 mil domicilios en el territorio de Estados Unidos (Priest y Arkin, 2010).

Con la suma de las distintas cifras mencionadas, y evaluando datos ocultos, algunos expertos adelantan un total aproximado global –dentro y fuera del territorio de Estados Unidos– cercano al millón de personas combatiendo en la periferia, haciendo espionaje, desarrollando manipulaciones mediáticas, activando “redes sociales”, etcétera. Comparemos, por ejemplo, ese dato con las aproximadamente un millón 400 mil personas que conforman el sistema militar público del Imperio.

Por su parte, las tropas regulares han sufrido un rápido proceso de informalización, de ruptura respecto de las normas militares convencionales, conformando comandos de intervención inscritos en una dinámica abiertamente criminal. Es el caso del llamado Comando Conjunto de Operaciones Especiales (*Joint Special Operations Command*, JSOC). Comando conjunto secreto en línea de mandos directamente con el Presidente y el Secretario de Defensa, con autoridad para elaborar su lista de asesinatos, tiene su propia división de inteligencia, su flota de drones y aviones de reconocimiento, sus satélites e incluso sus grupos de ciber-guerreros capaces de atacar redes de internet. Dispone de numerosas unidades operativas. Creado en 1980 quedó sepultado por su estrepitoso fracaso en Irán cuando trató de rescatar al personal de la embajada estadounidense en Teherán; fue resucitado recientemente. En 2001 disponía de unos 1,800 miembros, actualmente llegarían a 25 mil; en los últimos tiempos ha realizado operaciones letales en Irak, Pakistán, Afganistán, Siria, Libia y muy probablemente en México y Colombia, entre otros. Se trata de un agrupamiento de “escuadrones de la muerte” de alcance global, autorizado para realizar toda clase de operaciones ilegales, desde asesinatos individuales o masivos, hasta sabotajes, intervenciones propias de la guerra psicológica, etcétera. En septiembre de 2003, Donald Rumsfeld había dictado una resolución colocando al JSOC en el centro de la estrategia “antiterrorista” global y desde entonces su importancia ha ido en ascenso pasando a ser –bajo la presidencia del premio Nobel de la Paz Barak Obama– una suerte de ejército clandestino de claro perfil criminal bajo las órdenes directas del Presidente (Priest y Arkin, 2011).

Las fuerzas de intervención de Estados Unidos tienen ahora un sesgo claramente privado-clandestino. En plena “guerra de cuarta generación” funcionan cada vez más al margen de los códigos militares y las convenciones internacionales. Un reciente artículo de Andrew Bacevich describe las etapas de esa mutación durante la década pasada que culminan actualmente en lo que el autor denomina “era Wickers”

(actual subsecretario de inteligencia del Departamento de Defensa), focalizada en la eliminación física de “enemigos”, el uso dominante de mercenarios, de campañas mediáticas, redes sociales, todo ello destinado a desestructurar organizaciones y sociedades consideradas hostiles. A comienzos del año pasado, la entonces Secretaria de Estado, Hillary Clinton, pronunció una frase que no requiere mayores explicaciones: “Estados Unidos se reserva el derecho de atacar en cualquier lugar del mundo a todo aquello que sea considerado como una amenaza directa para su seguridad nacional” (Bacevich, 2012).

Si sumamos a esta orientación mercenaria-gangsteril del Imperio otros aspectos como la financiarización integral de su economía dominada por el cortoplacismo, su desintegración social interna con acumulación acelerada de marginales, con una población total que representa 5 por ciento de la mundial pero con una masa de presos equivalentes a 25 por ciento del total de personas encarceladas en el planeta, etcétera, llegaríamos a la conclusión de que estamos en presencia de una suerte de *lumpen imperialismo* completamente dominado por intereses parasitarios embarcado en una lógica destructiva de su entorno que al mismo tiempo va degradando sus bases de sustentación interna (DeYoung y Brulliard, 2012; Isa Conde, 2008).

### La ilusión del metacontrol del caos

Podríamos establecer la convergencia entre la hipótesis de la *economía de guerra permanente* y la del *keynesianismo militar*: este último expresó la primera etapa del fenómeno, aproximadamente entre 1940 y 1970. Fueron los años de la prosperidad imperial cuyos últimos logros ya mezclados con claros síntomas de crisis se prolongaron hasta el final de la Guerra Fría. A esa etapa floreciente le sigue una segunda poskeynesiana caracterizada por la dominación financiera, la concentración de ingresos, el desinfe salarial, la marginalización social y la degradación cultural en general, donde el aparato militar opera como un acelerador de la decadencia provocando déficits fiscales y endeudamientos públicos.

La opción por la privatización de la guerra aparece como una respuesta “eficaz” a la declinación del espíritu de combate de la población –dificultades crecientes en el reclutamiento forzado de ciudadanos a partir de la derrota de Vietnam. Sin embargo, el remplazo del ciudadano-soldado por el soldado-mercenario o la presencia decisiva de este último termina tarde o temprano por provocar serios daños en el funcionamiento de las estructuras militares: no es lo mismo administrar a ciudadanos normales que a una masa de delincuentes.

Cuando el lumpen, los bandidos, predominan en un ejército, éste se convierte en un ejército de bandidos, y un ejército de bandidos ya no es un ejército. El potencial disociador de los mercenarios es a largo plazo de casi imposible control y sus falencias

en el combate no pueden ser compensadas sino muy parcialmente por despliegues tecnológicos sumamente costosos y de resultado incierto.

La conformación de fuerzas clandestinas no-mercenarias de élite, respaldadas por un aparato tecnológico sofisticado capaz de descargar golpes puntuales demoledores contra el enemigo, como es el caso del JSOC, son buenos instrumentos terroristas pero no remplazan las funciones de un ejército de ocupación y a mediano plazo –muchas veces a corto plazo– y terminan por fortalecer el espíritu de resistencia del enemigo.

Podríamos sintetizar de manera caricatural a la nueva estrategia militar del Imperio a partir del predominio de diversas formas de “guerra informal”, combinando mercenarios –muchos mercenarios– con escuadrones de la muerte –tipo JSOC–, bombardeos masivos, drones, control mediático global, asesinatos tecnológicamente sofisticados de dirigentes periféricos. La guerra se elitiza, se transforma en un conjunto de operaciones mafiosas, se aleja físicamente de la población estadounidense y su cúpula dominante empieza a percibirla como un juego virtual dirigido por *gangsters*.

Por otra parte, la adopción de estructuras mercenarias y clandestinas de intervención externa como forma dominante tiene efectos contraproducentes para el sistema institucional del imperio tanto desde el punto de vista del control administrativo de las operaciones como de las modificaciones –y de la degradación– en las relaciones internas de poder. El comportamiento gangsteril y la mentalidad mafiosa terminan por apoderarse de los altos mandos civiles y militares y se traduce, al comienzo, en acciones externas, periféricas y, más adelante –rápidamente– en ajustes de cuentas, en conductas habituales al interior del sistema de poder.

El horizonte objetivo –más allá de los discursos y convicciones oficiales– de la “nueva estrategia” no es el establecimiento de sólidos regímenes vasallos, ni la instalación de ocupaciones militares duraderas controlando territorios de manera directa sino más bien desestabilizar, quebrar estructuras sociales, identidades culturales, degradar o eliminar dirigentes. Las experiencias de Irak y Afganistán –y México– y más recientemente las de Libia y Siria confirman esta hipótesis.

Se trata de *la estrategia del caos periférico*, de la transformación de naciones y regiones más amplias en áreas desintegradas, balcanizadas, con Estados-fantasma, clases sociales –altas, medias y bajas– profundamente degradadas sin capacidad de defensa, de resistencia ante los poderes políticos y económicos de Occidente que podrían así depredar impunemente sus recursos naturales, mercados y recursos humanos –residuales.

Este imperialismo tanático del siglo XXI se corresponde con tendencias desintegradoras en las sociedades capitalistas dominantes, en primer lugar, la de Estados Unidos. Esas economías han perdido su potencial de crecimiento. Hacia finales de 2012,

luego de un lustro de crisis financiera, oscilaban entre el crecimiento anémico –Estados Unidos–, el estancamiento girando hacia la recesión –la Unión Europea– y la contracción productiva –Japón.

Los Estados, las empresas y los consumidores están aplastados por las deudas, la suma de deudas públicas y privadas representa más de 500 por ciento del Producto Interno Bruto Interno en Japón e Inglaterra, y más de 300 por ciento en Alemania, Francia y Estados Unidos, donde el gobierno federal estuvo en 2011 al borde del *default*. Y por encima de deudas y sistemas productivos financiarizados, existe una masa financiera global equivalente a unas veinte veces el Producto Bruto Mundial, motor dinamizador, droga indispensable del sistema, que ha dejado de crecer desde hace aproximadamente un lustro y cuyo desinfe tratan de impedir los gobiernos de las potencias centrales.

Se presenta entonces la ilusión de una suerte de *metacontrol* estratégico desde las grandes alturas, desde las cumbres de Occidente sobre las tierras bajas, periféricas, donde pululan miles de millones de seres humanos cuyas identidades culturales e instituciones son vistas como obstáculos a la depredación. Las élites de Occidente, el imperio colectivo hegemonizado por Estados Unidos, están cada día más convencidas de que dicha depredación prolongará su vejez, alejará el fantasma de la muerte.

El caos periférico aparece a la vez como el resultado concreto de sus intervenciones militares y financieras –producto de la reproducción decadente de sus sociedades– y como la base de feroces depredaciones. El gigante imperial busca beneficiarse del caos, pero termina por introducirlo entre sus propias filas, la destrucción deseada de la periferia no es otra cosa que la autodestrucción del capitalismo como sistema global, su pérdida veloz de racionalidad. La fantasía acerca del metacontrol imperialista del caos periférico expresa una profunda crisis de percepción, la creencia de que los deseos del poderoso se convierten fácilmente en hechos reales, así, lo virtual y lo real se confunden conformando un enorme pantano psicológico.

En realidad, la “estrategia” de metacontrol imperial del caos y sus formas operativas concretas la convierten en una maraña de tácticas que tienden a conformar una masa crecientemente incoherente, prisionera del corto plazo. Lo que pretende convertirse en la nueva doctrina militar, en un pensamiento estratégico innovador que responde a la realidad global actual facilitando la dominación imperialista del mundo, no es otra cosa que una ilusión desesperada generada por la dinámica de la decadencia. Bajo la apariencia de *ofensiva estratégica* irrumpen los manotazos históricamente defensivos de un sistema cuya cúpula imperial va perdiendo la capacidad de aprehensión de la totalidad real; la razón de Estado se va convirtiendo en un delirio criminal extremadamente peligroso dado el gigantismo tecnológico de Estados Unidos y sus socios europeos.

## Neofascismo y decadencia: conceptos borrosos

Decadencia y neofascismo son dos conceptos de difícil definición, aunque esenciales para entender la realidad actual. Sus presencias abrumadoras y sus fronteras borrosas los hacen a veces “invisibles a los ojos” –como enseñó Saint-Exupéry. ¿Dónde termina el autoritarismo burgués y comienza el neofascismo? ¿Cómo diferenciar un proceso de decadencia de una gran turbulencia muy persistente o de un fenómeno de corrupción social muy extendido?

Cuando hablamos de decadencia, por lo general, nos referimos a procesos prolongados donde convergen un conjunto de indicadores como la reducción sistemática del ritmo de crecimiento económico hasta llegar al estancamiento o la retracción, la declinación demográfica, la degradación institucional, la hegemonía del parasitismo, la desintegración social generalizada, entre otros. Sin embargo, a veces es inevitable señalar la decadencia de una civilización o de un conjunto de naciones sin que se hagan presentes todas esas señales; lo que decide la cuestión es la evidencia de un proceso duradero de descomposición sistémica, de desorden creciente, de entropía, que se manifiesta en el comportamiento de las clases dirigentes corroidas por el parasitismo, pero también de las clases subordinadas.

Es común confundir decadencia con crisis prolongada, así es como la llamada “larga crisis del siglo xvii europeo” aparenta, con su desorden y sus confrontaciones, llevar esa región al desastre. Sin embargo, dicho proceso le permitió eliminar restos precapitalistas, digerir las riquezas acumuladas del saqueo periférico iniciado en los siglos xv y xvi, principalmente de América, y avanzar en el siglo xviii hacia su aburguesamiento general, cuyas tres expresiones más notables fueron la Revolución Industrial en Inglaterra, las transformaciones en el continente desatadas por la Revolución Francesa seguida por las guerras napoleónicas y el control del planeta por parte de Occidente concluido hacia finales del siglo xix.

En un sentido contrario, lo que se presenta como superación de la decadencia –el adiós a la crisis de los años 1930, entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y comienzos de los años 1970, cuando emergió la superpotencia estadounidense y se produjeron los “milagros económicos” de Alemania Occidental, Italia, etcétera–, en realidad no fue más que una rehabilitación, de poco más de dos décadas, sostenida por las muletas del keynesianismo militar de Estados Unidos y de la intervención estatal en general, dinamizando la oferta y la demanda de los países capitalistas centrales. Rehabilitación que se fue agotando, hacia finales de los años 1960, hasta hacer crisis en la década siguiente, dando vía libre al parasitismo financiero y sus acompañantes culturales, institucionales y económicos. La droga keynesiana calmó los dolores, brindó un dinamismo pasajero, pero inculcó venenos que terminaron por agravar más adelante la situación del enfermo.

Por su parte, el neofascismo aparece emparentado con el fascismo clásico, suele en ciertos casos reproducir nostalgias del pasado, sin embargo, se diferencia del mismo. A veces resucita viejos demonios que se mezclan en una marcha confusa –si la observamos desde antes de 1945– con descendientes de sus víctimas bajo la bandera común del racismo antiárabe, de la islamofobia o de la rusofobia. Después de todo, el viejo fascismo también nació cultivando incoherencias, mezclando banderas contrapuestas como el elitismo nacionalista-imperialista y el socialismo. Hitler y su “nacional-socialismo” racista y ultra autoritario constituyen el caso más grotesco.

En ambos casos se trata de expresiones que recogen pragmáticamente sentimientos de odio y desprecio hacia pueblos o sectores sociales considerados inferiores, corruptos, bárbaros y en consecuencia potenciales objetos de agresión –aplastamiento de los más débiles–, adornándolos con títulos de nobleza –raza superior, patriotismo, civilización, valores morales, democracia, honestidad, etcétera.

Cuando observamos al viejo fascismo, vemos cómo Hitler o Mussolini, en sus ascensos al poder, hacían demagogia “social” o “socialista”, captando el espíritu de la época y la introducían junto a otros condimentos en sus sopas dictatoriales, aunque Franco afirmaba el conservadorismo más negro sin necesidad de esas demagogias. En América Latina surgieron dictaduras militares, apéndices subdesarrollados de Occidente, cultivando ambigüedades curiosas. Como en Argentina, en el Golpe de Estado de 1930, donde se combinaba el patriotismo aristocrático, la admiración hacia el fascismo italiano y el sometimiento colonial al Imperio Inglés.

El neofascismo no se queda atrás, y hoy en Europa constatamos que en países como Polonia o Letonia se mezclan el ultranacionalismo, el antisemitismo y otros brotes nazis, el respeto formal a la institucionalidad democrática *made in Unión Europea*, el neoliberalismo económico, la fobia anti-rusa y el sometimiento a la OTAN. En Brasil, Paraguay, Honduras o Argentina es preservada la formalidad democrática, bandera cultural de su amo imperial, junto a la concentración mafiosa del poder. Tanto en el fascismo como en el neofascismo los discursos oficiales no han sido ni son otra cosa que vestimentas de ocasión del lobo autoritario.

## **El comienzo de la decadencia**

La crisis en la que estamos sumergidos debería ser considerada como el capítulo actual de un largo proceso de decadencia, pensado como fenómeno de carácter planetario. ¿Cuándo comenzó? Al hacer el recorrido temporal hacia atrás encontramos años decisivos como 2008, cuando estalla la burbuja financiera y se despliega la serie de crecimientos económicos anémicos en Occidente y se va desacelerando la expansión china. Lo que inevitablemente nos lleva a 2001 y sus alrededores, cuando convergen el fin del auge neoliberal de los años 1990 –plagado de turbulencias– con el

lanzamiento imperial de una desesperada –y fracasada– fuga militarista hacia delante, apuntando hacia la conquista del corazón geopolítico de Eurasia y sus tesoros energéticos.

Esa mirada nos impulsa a seguir retrocediendo y llegar a los años 1970, cuando emerge la crisis petrolera y la estanflación, y se instala la declinación tendencial de la tasa de crecimiento económico global que se prolonga hasta la actualidad, motorizada por las potencias económicas dominantes tradicionales y suavizada por el ascenso chino. Sin olvidar el antecedente de 1968 –con epicentro en los sucesos de mayo en Francia y sus extensiones–, terremoto político-cultural que quiebra la ilusión de la nueva prosperidad civilizacional de Occidente.

Dicha ilusión se apoyaba en la efímera recuperación keynesiana de Europa del Oeste y Estados Unidos, si la medimos en tiempos históricos, enfrentada con la constante reducción de su área de dominación territorial planetaria –ampliación del campo socialista y del espacio postcolonial.

Atravesamos esa fiesta geográficamente limitada, entramos en la Segunda Guerra Mundial y navegamos por las recesiones de los años 1930 desembocando en 1929 para finalmente detenernos en 1914, año clave que marca el final del ascenso irresistible de Occidente desde sus fracasos en las Cruzadas del Este –hacia Medio Oriente y hacia el espacio eslavo–, y sus primeros éxitos importantes en el Oeste desde el siglo xv: la conquista completa de la península Ibérica y de posiciones en el Oeste de África y, sobre todo, del continente americano. Ofensiva plurisecular que culmina a lo largo del siglo xix devorando casi a la totalidad de la periferia.

Dicho mega-saqueo generó (y sigue generando) lo que Malek calificó como “Surplus Histórico”, es decir,

[...] el surplus acumulado por Europa y Estados Unidos bajo la forma de civilización occidental basada en el saqueo de Asia, África y América Latina. Inmensa acumulación de poder que constituye la fuente de la iniciativa histórica de los países del Oeste, desde el período de los descubrimientos marítimos, pasando por la explosión de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, hasta nuestros días (Malek, 1978).

Acumulación de riquezas que le permitió crear un gran mercado interno, su industrialización y el desarrollo de una sucesión de revoluciones científicas y tecnológicas. El mundo del año 1900 era decididamente occidental por integración burguesa de su espacio original y por sus ampliaciones coloniales y semicoloniales.

En ese momento, el “progreso”, es decir la marcha ascendente de la civilización burguesa –identificada con los patrones culturales de Occidente–, devenida planetaria,

consiguió imponer la imagen de un proceso irresistible de mejoras sucesivas de la condición humana, dictadas por la expansión del sistema o por su posible “superación socialista”, engendrada desde el interior del capitalismo central industrializado. Así fue como la generación bolchevique cultivó la esperanza de que la revolución que ellos encabezaron en la periferia euroasiática rusa constituía el detonante de la revolución proletaria en el Oeste. Los dirigentes de la primera gran insurrección exitosa de la periferia creían erróneamente ser la avanzada de la llegada del postcapitalismo socialista occidental –y en consecuencia mundial.

Como sabemos, la expansión del capitalismo liberal –que según las ideas dominantes al comenzar el siglo xx irradiaba al planeta para convertirlo tarde o temprano en un universo próspero y libre, pero que en realidad desarrollaba al centro y subdesarrollaba a la periferia– fue interrumpida por una carnicería espantosa, sin precedentes en la historia universal, llamada Primera Guerra Mundial. También sabemos que la tan esperada revolución socialista en Occidente, empujada por la crisis y por el novedoso ejemplo soviético, no llegó nunca y que lo que sí llegó fue el fascismo.

### **Raíces occidentales del fascismo clásico**

Las interpretaciones tradicionales del viejo fascismo europeo suelen navegar entre las que lo atribuyen a una suerte de desviación moral de las élites y también de las masas populares embaucadas por ellas, principalmente producto de la Primera Guerra Mundial; o bien lo definen como resultado de la radicalización de ciertas taras culturales generadas por formas específicas, perversas, de desarrollo de la modernidad en países como Alemania e Italia; o también como reacción antiproletaria de la alta burguesía arrastrando a las clases medias, en este último caso el fascismo habría sido una emergencia terrorista burguesa de la lucha de clases (De Felice, 1975). No han faltado, en ciertos casos, algunas referencias a la historia anterior que casi siempre quedan aplastadas por el peso apabullante de los desórdenes de las primeras décadas del siglo xx, que produjeron esa novedad sorprendente. Un marxista eminente de aquellos tiempos, Karl Radek, afirmaba hacia 1930, luego de las últimas elecciones en Alemania que marcaban el ascenso de los nazis: “Debemos constatar que sobre este partido que ocupa el segundo lugar en la política alemana, ni la literatura burguesa ni la literatura socialista han dicho nada. Es un partido sin historia, que se instala de improviso en la vida política de Alemania como una isla que emerge en medio del mar bajo el efecto de fuerzas volcánicas” (Ayçoberry, 1979:19).

“Partido sin historia”, según Radek. El medievalista Karl Werner agregaba: “nadie ha negado más la historia alemana que los ideólogos nazis” (Vermeil, 1939:64). La Escuela de Frankfurt afirmó esa hipótesis, Max Horkheimer señalaba hacia 1943: “El fascismo en su exaltación del pasado deviene antihistórico. Las referencias de los nazis a la historia sólo significan que los poderosos tienen que mandar y que no

hay cómo emanciparse de las leyes eternas que guían la historia. Cuando ellos dicen Historia en realidad dicen lo contrario: Mitología” (en Jay, 1973).<sup>4</sup>

Incluso en pleno auge hitleriano, Hermann Rauschning, uno de los más agudos evaluadores del nazismo, no pudo escapar a la idea del carácter aberrante, ahistórico y efímero del nazismo presentado como un sorpresivo estallido de nihilismo. Según Rauschning: “este fanatismo producido y difundido es tan artificial e inauténtico que todo ese gigantesco aparato podría llegar a derrumbarse de un día para otro, a partir de algún acontecimiento sin dejar traza alguna de vida autónoma de alguna parte de su mecanismo” (Rauschning, 1980:278).

Partido sin historia, negador de la historia, reemplazando la descripción científica de la historia real por la mitología, construcción nihilista efímera, etcétera.

Sin embargo, a propósito del caso paradigmático por excelencia del fascismo, el nazismo alemán y su furia exterminadora de judíos, autores como Goldhagen plantean un interrogante de sentido común: ¿quiénes fueron los ejecutores del Holocausto? Y concluye que:

[...] de no haber existido una considerable inclinación entre los alemanes corrientes a tolerar, apoyar e incluso, en muchos casos, contribuir primero a la persecución absolutamente radical de los judíos en la década de 1930, y luego (por lo menos entre los encargados de realizar la tarea), participar en la matanza de judíos, el régimen jamás habría podido exterminar a seis millones de personas (Goldhagen, 1998).

A lo que agrega: “cabe señalar que la existencia de un antisemitismo muy difundido en otras zonas de Europa explica por qué los alemanes encontraron en otros países a tantas personas dispuestas a ayudarles y deseosas de matar judíos” (Goldhagen, 1998).

A partir de allí resulta inevitable, como hace el autor, buscar referencias en la tradición histórica del pueblo alemán y señalar, por ejemplo, la ferocidad antisemita de Martin Lutero (1483-1546), como una de las fuentes de su popularidad. A lo que debemos agregar el plurisecular desprecio hacia los eslavos, con especial énfasis en rusos y polacos, considerados pueblos inferiores destinados a ser esclavizados por pueblos superiores como los alemanes. Lo que legitimaba la vocación por marchar hacia el Este, hacia su conquista imperial, como lo anticipaba Hitler mucho antes de llegar al poder. La *Drang nach Osten* (empuje o expansión hacia el Este), que en el siglo XIX impulsaban intelectuales nacionalistas como Heinrich von Sybel, quien postulaba revivir las aventuras medievales de colonización alemana de la Europa oriental,

<sup>4</sup> Carta de Horkheimer a Leo Lowenthal, citada por Martin Jay.

revalorizando los mitos de las cruzadas germánicas y escandinavas hacia el Este en la Baja Edad Media, paralelas a las cruzadas hacia el Medio Oriente. Así fue como la Orden Teutónica intentó conquistar tierra rusa y fue derrotada como lo relata el film “Alexander Nevsky” de Sergei Eisenstein, anticipando, en 1938, la derrota catastrófica que los herederos nazis de la Orden sufrirían en la URSS pocos años después. Todo esto nos lleva a entender la aparente locura de Hitler por conquistar el Este, no como un empecinamiento insólito sino como herencia cultural profunda y latente en la subjetividad popular alemana. Como señala acertadamente Ayçoberry:

En el desarrollo de la política exterior [de Hitler] todo estaba subordinado a la expansión hacia el Este [...] lo que impuso abandonos tácticos inquietantes para los nacionalistas primarios: renuncia al Tirol para conseguir la alianza con Italia, a la expansión ultramarina para seducir a Inglaterra e, incluso, a conquistas en Francia, ya que según Hitler la guerra contra dicha nación “sólo se justificaría si de esa manera conseguimos cubrir nuestra retaguardia y así ampliar nuestro espacio vital en el Este”, cuyo foco central era la captura y destrucción de la Unión Soviética (Ayçoberry, 1979).

La mitología, subestimada por Horkheimer, revelaba la existencia de una memoria histórica imperialista nada superficial.

Necesitamos ampliar el espacio de la memoria europea y poner al descubierto un pasado monstruoso de conquistas coloniales exitosas o fracasadas, de gigantescas matanzas de los pueblos originarios de América, de africanos árabes o subsaharianos, de asiáticos de India y China, en suma, de vastos genocidios periféricos que moldearon la cultura de sus asesinos occidentales. Malek menciona al “surplus histórico” principalmente económico que acumuló Occidente con dichos saqueos que no debería ocultar el componente criminal del mismo, no como recuerdo lejano sino como parte decisiva de la reproducción de una civilización sanguinaria. Matanza de periféricos combinada con grandes masacres y saqueos internos que explicó Marx en su descripción de la *acumulación originaria*.

En ese sentido, Hitler, Mussolini o Franco no fueron los productos de irrupciones momentáneas sin pasado ni futuro.

Los mitos históricos no deberían ser arrojados al basurero de las historias falsas, sobre todo si aparecen en la superficie o quedan sumergidos en la memoria social para reaparecer en el momento menos pensado. Son formas concretas de memoria, latentes, en consecuencia, componentes de la cultura popular; pueden ser criticadas, acusadas de ser visiones deformadas o “irreales” del pasado como también lo podrían ser ciertas construcciones de historia “científica” basadas en unos pobres datos disponibles o no tan pobres, pero siempre incompletos, casi siempre distorsionados por el observador influido por la cultura –las deformaciones ideológicas– de su tiempo.

Una observación que merece ser el objeto de una reflexión más amplia es que la llegada del fascismo –su primera victoria en Italia– se produjo muy poco tiempo después de que Occidente consiguiera convertirse en amo del mundo. Visto desde el largo plazo histórico, ambos fenómenos convergen en un corto espacio temporal. La civilización burguesa devenida realmente universal, planetaria, comenzó a tocar sus límites territoriales y fue dejando de lado sus discursos democráticos (se quiebra la lógica de la expansión hacia espacios indefensos y pasan a primer plano las fuerzas nacionales del canibalismo interimperialista, del disciplinamiento terrorista interno y del expansionismo desesperado).

Más aún, es posible detectar en Europa embriones significativos de fascismo, entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, bien antes de la mega crisis iniciada en 1914, desde las emergencias políticas protofascistas en Francia (Sternhell, 1978) hasta manifestaciones ideológicas virulentas de rechazo al legado de la Revolución Francesa, la Comuna de París y la proliferación de expresiones democráticas radicales, socialistas y comunistas. Nietzsche o Sorel anunciaron el fascismo *avant la lettre*, como restablecimiento de jerarquías sociales vigorosas, de autoritarismos rejuvenecedores de Occidente.

En la Europa de finales del siglo XIX, próspera e imperialista, donde en lo más alto de su sistema de poder reinaba una pequeña élite financiera –la *Haute Finance*, señalada por Polanyi, como garante del equilibrio y la paz interior (Polanyi, 2007)–, emergían los brotes de lo que va a ser el fin del capitalismo liberal y el nacimiento del fascismo.

Incluso fuera del escenario europeo, en los años 1920 y aún antes de 1914, en Estados Unidos –extensión neoeuropea–, apareció lo que algunos autores señalan como los orígenes norteamericanos de la ideología nazi. Domenico Losurdo señala:

[...] el notable papel que los movimientos reaccionarios y racistas americanos desarrollaron al inspirar y alimentar en Alemania la agitación que al final desembocó en el triunfo de Hitler. Ya en los años 20, entre el Ku Klux Klan y los círculos alemanes de extrema derecha se establecieron relaciones de intercambio y colaboración con la consigna del racismo en contra de los negros y en contra de los judíos (Losurdo, 2004).

Losurdo agrega ejemplos concretos incluidos algunos referidos a las raíces lingüísticas de conceptos fundamentales del discurso nazi:

El término *Untermensch*, que juega un papel tan central como nefasto en la teoría y en la práctica del Tercer Reich, no es otro que la traducción de *Under Man* [sub-hombre]. Lo reconoce Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos del nazismo, quien expresa su admiración por el autor estadounidense Lothrop Stoddard: a él corresponde el mérito de haber acuñado, por primera vez, el término en cuestión, que resalta como

subtítulo (*The Menace of the Under Man*) [*La amenaza del sub-hombre*] de un libro publicado en New York en 1922 y de su versión alemana (*Die Drohung des Untermenschen*), aparecida tres años después. En cuanto a su significado, Stoddard aclara que éste sirve para mostrar al conjunto de “salvajes y bárbaros”, “esencialmente negados a la civilización, sus enemigos incorregibles”, con quienes es necesario proceder a un radical ajuste de cuentas, si se quiere evitar el peligro que amenaza destruir la civilización. Elogiado, mucho antes que por Rosenberg, por dos presidentes estadounidenses (Harding y Hoover), el autor americano es posteriormente recibido con todos los honores en Berlín, donde encuentra a los exponentes más ilustres de la eugenésica nazi, además de los más altos jefes del régimen, incluido Adolf Hitler, que estaba empeñado ya en su campaña de aniquilación y esclavitud de los *Untermenschen*, es decir de los “indios” de Europa oriental (Losurdo, 2004).

No sólo se trata de la influencia de la teoría estadounidense de la *white supremacy*, reacción protofascista, desde finales del siglo XIX, contra la abolición de la esclavitud, expresada en Alemania como supremacía aria, sino también de textos decisivos como *El Judío Internacional* de Henry Ford, publicado en 1920, luego traducido y muy difundido en Alemania, donde importantes jefes nazis, como Von Schirack y Himmler, señalarán años después haberse inspirado en ese libro. Himmler hizo notar que el libro de Ford cumplió un papel significativo en la formación de Hitler (Losurdo, 2004).

### **Despegue, auge, declinación y recomposición de la marea periférica**

La irrupción del fascismo clásico, pero también su derrota y renacimiento como neofascismo, debe ser relacionado con el ascenso y posterior declinación de una marea periférica que amenazó sepultar la hegemonía occidental, hecho decisivo del siglo XX. No obstante, ahora se presenta principalmente bajo la forma de potencias emergentes despertando la histeria geopolítica de Estados Unidos y una profunda crisis existencial en algunos de los principales países europeos como Alemania, Francia o Italia tironeados, por un lado, por su amo norteamericano y sus viejos instintos occidentalistas imperiales –que hacen ver al Este como un espacio de depredación– y, por el otro, por sus intereses económicos concretos que apuntan hacia algún tipo de asociación o amistad con las grandes economías euroasiáticas, empezando por China y Rusia.

En 1914, la expansión occidental se convirtió en guerra intestina –interimperialista– y, en 1917, se produjo el primer mega desgajamiento, el mayor espacio geográfico del planeta donde habitaba el Imperio Ruso rompió con Occidente, convirtiéndose en la Unión Soviética. Más adelante llegaron la escisión china (1949), las expulsiones del conquistador occidental en la península indochina, la Revolución Cubana y un amplio abanico de nacionalismos periféricos que quebraban los viejos lazos coloniales. Era posible mostrar una suerte de *film* donde el espacio de dominación global

de Occidente se retraía gradualmente.

La ilusión marxista-eurocéntrica de superación postcapitalista desde el centro imperial –desarrollado– del mundo fue reemplazada por otra ilusión no menos pretenciosa, según la cual dicha superación se expandía desde la periferia subdesarrollada, desde los capitalismos o semicapitalismos sometidos. Sin embargo, cuando en los años 1970 y 1980 comenzó y se fue agravando la crisis del capitalismo central, cuando perdía dinamismo productivo y en su seno se propagaba el parasitismo financiero, la amenaza comunista y antiimperialista también fue perdiendo dinamismo. La radicalización maoísta de la revolución china comenzó a convertirse, desde finales de los años 1970, en “socialismo de mercado” y de allí en un curioso capitalismo burocrático con el Partido Comunista a la cabeza, haciendo de China en el siglo XXI la segunda potencia capitalista, tendiendo a devenir la primera, del mundo. La URSS se fue pudriendo y colapsó al comenzar los años 1990, arrastrando a todo su espacio “socialista”, incluyendo a países que habían mantenido su autonomía como Albania y Yugoslavia.

Sobre todo, a partir del colapso de la URSS, pero con manifestaciones anteriores, hacia finales del siglo XX, en buena parte de Europa emergía una ola reaccionaria que retomaba componentes del viejo fascismo incorporando elementos nuevos. Racismo contra los inmigrantes, odios interétnicos, recuperación más o menos sinuosa, más o menos desfachatada de banderas enterradas en 1945. Se trató de un proceso confuso que tomaba en consideración los nuevos tiempos globales y que dio sus primeros pasos antes del derrumbe soviético. En la Francia de 1981, por ejemplo, la izquierda ganaba las elecciones, pero se ponían de moda los llamados “nuevos filósofos” como Bernard Henri Levy o André Glucksmann, que despegando como supuestos “*humanistas antiestalinistas*”, derivaron pronto en un anticomunismo rabioso convergiendo en muchos aspectos con la derecha neofascista.

En el ámbito político Francia giraba hacia la izquierda –después se comprobó que se trataba de una pura apariencia–, mientras en lo cultural se desplazaba hacia la derecha. La socialdemocracia, desde España hasta Alemania, iba abandonando sus estandartes keynesianos, productivistas e integradores, y penetraba en el universo neoliberal gobernado por la especulación financiera, las llamadas derechas “democráticas” hacían algo parecido. Y, de manera gradual, se extendía una mancha maloliente que empezaba a ser calificada como neonazismo, neofascismo, extrema derecha, nueva derecha, etcétera. En Europa del Este, en lugares como Polonia, los países bálticos, Croacia o más recientemente en Ucrania, reaparecieron los viejos fantasmas del fascismo. Ya en pleno siglo XXI, en Alemania, Austria, Francia y otros países europeos los neofascistas obtienen grandes progresos electorales, en varios de ellos asociando estilos y tradiciones del pasado hitleriano con sólidas amistades sionistas. La nueva islamofobia reemplaza a –y a veces se mezcla con– la vieja judeo-

fobia, hasta se produjeron casos tragicómicos donde en un mismo movimiento se apretujaban algunos veteranos –e incluso jóvenes– admiradores de Hitler y Mussolini, y de Benjamín Netanyahu. También afloraba en el Este europeo, y no sólo en Ucrania –Guerra Fría 2.0 mediante–, el revanchismo anti-ruso dispuesto a vengarse de la derrota sufrida siete décadas atrás.

En Estados Unidos, sobre todo desde 2001, emergió una ola ultraimperialista que se fue desarrollando a través de los gobiernos de Bush y Obama hasta desembocar en Trump al ritmo de la degradación financiera. Multiplicación de intervenciones militares directas e indirectas, golpes blandos y sanciones contra países rebeldes a la dominación imperial, racismo, islamofobia, confrontación con Rusia acercándose al límite de la guerra. La era Trump ha ido asumiendo todas las características de un profascismo.

Regresando al ascenso y derrota del viejo fascismo es necesario resaltar no sólo la persistencia imperialista alemana en torno de la “marcha hacia el Este”, motor del expansionismo hitleriano, sino también los delirios mussolinianos acerca de la restauración del imperio romano o el españolismo, no menos delirante, de José Antonio Primo de Rivera, nostálgico del imperio español desaparecido. La tentativa de conquista de la Unión Soviética tomó la forma de una gran cruzada europea contra el gigante eurasiático, donde participaron no sólo alemanes sino también franceses, españoles, italianos, belgas, ucranianos occidentales, letones, etcétera. El aspecto imperialista-occidental del fascismo clásico y, en consecuencia, de los fascismos periféricos como satélites coloniales, seguidores elitistas de sus amos históricos, queda al descubierto.

En ese sentido, más allá de los debates acerca de la naturaleza socialista de la URSS, de su legitimidad comunista y de su lugar en la historia de las ideas y prácticas post-capitalistas, es importante destacar que probablemente, visto a nivel de la historia universal, el mayor mérito de la experiencia soviética ha sido el de la destrucción de la barbarie fascista, inscrita en el multiseccular recorrido de saqueos y genocidios occidentales. Ese solo hecho alcanza para justificar y reivindicar su existencia: sin la URSS Hitler habría conquistado esos territorios, la exitosa marcha hacia el Este habría otorgado a Alemania el liderazgo de Europa y seguramente la primacía global como cabeza de un nuevo imperio.

La captura de Berlín por el ejército soviético podría ser vista como el símbolo de la victoria de la humanidad condenada a la esclavitud, la periferia, el “Oriente” tantas veces estigmatizado. Oriente despreciado –y temido– cuyas prolongaciones se extendían hacia las periferias interiores del centro del mundo (los judíos y los gitanos europeos y demás grupos locales considerados inferiores, peligrosos, desechables).

Los ciclos fascista y neofascista aparecen como etapas de la larga decadencia sistémica global, intentos brutales de salvación, de recuperación de la vitalidad perdida. Derrotada la primera arremetida reaccionaria (1945), las formas autoritarias extremas del capitalismo realizaron un prudente repliegue estratégico, pero coincidente con la evaporación de la marea periférica; en los años 1980 y comienzos de los 1990 la peste comenzó a recomponerse renovando discursos y técnicas de intervención. Se trató de una transformación acorde con los nuevos tiempos donde el fenómeno entrópico está experimentando un gigantesco salto hacia adelante. En el pasado, el retroceso del polo hegemónico occidental –del espacio territorial bajo su control, de su dominación financiera, tecnológica, etcétera– atrapó y arrastró hacia el fracaso a ensayos de autonomización capitalista o con pretensiones postcapitalistas. El caso de Japón, entre la restauración Meiji e Hiroshima, mostró los límites de la creación de una potencia capitalista –imperialista– independiente respecto de la trama de dominación occidental. El caso de la URSS expresó la debilidad de una construcción postcapitalista híbrida, geopolíticamente antagónica a Occidente, mezclando entre otras cosas estatismo, aspiraciones comunistas y modernización negadora de herencias culturales colectivistas rechazadas como precapitalistas. Tampoco debemos olvidar en este caso las consecuencias de la cruzada nazi, que le costó 27 millones de muertos y el posterior acoso político-militar sufrido durante la Guerra Fría, formas concretas de ejercicio del poder de Occidente, prisionero de su dinámica expansionista, estratégicamente incompatible con algún tipo de coexistencia medianamente durable (esa obsesión occidental por controlarlo todo que se expresó en el pasado como anticomunismo renace actualmente como rusofobia).

Ahora, cuando se profundiza la declinación occidental emergen nuevos desafíos periféricos, principalmente los de China y Rusia. En ambos casos, luego de distintos recorridos, se han constituido sistemas que, de manera muy general, pueden ser caracterizados como *capitalismos burocráticos*, con amplios márgenes de autonomía respecto de Occidente, y que arrastran el peso de sus respectivas herencias culturales socialistas. Con un bien orquestado giro hacia el capitalismo insertado en la trama global, pero preservando el gobierno del Partido Comunista en el caso chino; demoliendo primero el edificio soviético para después de una efímera tentativa de instauración neoliberal imponer controles estatales sobre la economía en el caso ruso.<sup>5</sup>

En principio, quedan abiertos dos escenarios, entre otros, si partimos del supuesto de que la crisis global se va a agravar. El primero muestra a China y Rusia arrastradas por el desastre general, sus estructuras exportadoras dependientes de los mercados

<sup>5</sup> En realidad, la demolición no fue tan profunda como lo presentaban las apariencias. El viejo aparato golpeado y en parte eliminado, pudo atravesar la tempestad de los años 1990, renovarse ideológicamente, desalojar a los neoliberales, recomponer el complejo industrial-militar y el sistema de inteligencia, y dar a luz una nueva era nacionalista encabezada por Vladimir Putin.

de Europa y Estados Unidos, el entramado financiero internacional del que forman parte y las exigencias de militarización derivadas de la agresividad de los países de la OTAN, las atarían a la degradación euro-norteamericana-global. El segundo escenario presenta a estas potencias sobreviviendo al desastre, afirmando su espacio euroasiático. Una de las variantes –atención, no la única– de ese futuro posible sería la introducción en sus sociedades de componentes defensivas postcapitalistas para lo que disponen de reservas culturales más que suficientes.

## Neofascismo

Al igual que el fascismo clásico, el neofascismo significa la radicalización de la explotación de recursos humanos y naturales, aunque el primero no tuvo el nivel de despliegue planetario y la capacidad tecnológica del segundo. En ambos casos, se trata de un gran salto cualitativo de la dinámica de explotación-opresión del capitalismo triturando libertades democráticas, garantías sociales de las clases bajas, identidades culturales, etcétera. Todavía seguimos impactados por las atrocidades pasadas del fascismo sin darnos cuenta muchas veces de la carga de barbarie, mucho mayor, de la que es portador el neofascismo. Los grandes genocidios del siglo xx se opacan ante las consecuencias posibles de la devastación neofascista en curso protagonizada por el Imperio y sus aliados.

Es necesario profundizar el análisis del fenómeno, detectar sus principales características, algunas constataciones pueden servirnos para ello.

*Primera constatación. Del rompecabezas ideológico fascista al pensamiento confuso neofascista*

El viejo fascismo no escondía su nombre y la mundialización del capitalismo, bajo la forma de cultura occidental,<sup>6</sup> extendió desde sus bases europeas lo que aparecía, según sus propagandistas, como una mezcla de renovación vivificante de la modernidad y de restablecimiento del orden conservador y autoritario corrompido por el liberalismo y amenazado de muerte por el comunismo. El rechazo a la democracia burguesa, desde su forma monárquica constitucional hasta el elitismo republicano, le servía en Europa como caballito de batalla para descalificar toda forma de democracia, de ese modo recogían las críticas populares de izquierda ante la estafa a la democracia realizada por las clases dominantes y las introducían en la mochila autoritaria.

<sup>6</sup> La “cultura occidental” debe ser entendida como forma imperialista que se fue forjando a través de un doble proceso de “normalización” interna (destrucción de las culturas populares, del colectivismo campesino, etc., y de los posteriores aplastamientos de las protestas e insurrecciones obreras) y del genocidio colonial. En ese sentido, la emancipación europea (sobre todo del centro y del oeste) podría ser visualizada como des-occidentalización.

Los fascismos italiano, alemán o español encontraron partidarios en las élites periféricas. En 1936 nacieron las Falanges Libanesas y en 1937 aparecía la Falange Socialista Boliviana, ambas formadas por admiradores del falangismo español y del fascismo mussoliniano; en los años 1930, gobernó El Salvador el dictador Maximiliano Hernández Martínez, un general admirador de Hitler aunque administrando un país económicamente dependiente de Estados Unidos.<sup>7</sup> Ya señalé la fuerte influencia del fascismo italiano en el golpe militar de 1930, en Argentina, a lo que hay que agregar, entre otras cosas, las relaciones amistosas –sobre todo en la esfera militar– de la presidencia del general Agustín P. Justo, entre 1932 y 1938, con Alemania e Italia. Por último cabe mencionar que bajo la influencia del Gran Muftí de Jerusalén se formó, en 1941, la Legión Árabe Libre como parte del ejército alemán.<sup>8</sup>

A partir de un pragmatismo muy audaz, el fascismo clásico consiguió armar un rompecabezas ideológico relativamente sólido. Lo fundó no sólo gracias a la inescrupulosidad de sus dirigentes sino también contando con ideólogos de peso como Oswald Spengler o Martin Heidegger, en Alemania, o Tommaso Marinetti y Gabrielle d'Annunzio, en Italia. Consiguió ubicar en un espacio común a variantes más o menos distanciadas de las estructuras religiosas cristianas, católicas o protestantes, hasta otras ultracatólicas como la española.

El neofascismo es mucho más pragmático, no rechaza a la democracia burguesa sino que trata de mimetizarse en ella, asumiéndola demagógicamente para colocarla al servicio de sus banderas racistas y autoritarias. El gobierno de Letonia, por ejemplo, no encuentra incoherente adherir a los postulados democrático-liberales de la Unión Europea, de la que forma parte, la realización del desfile anual en Riga de los veteranos de las Waffen ss, integrante del ejército nazi alemán. Tampoco la Unión Europea se alarma por esos hechos.<sup>9</sup> Rusofobia, bien vista por la OTAN, persecución a la población rusoparlante, nostalgias nazis y formalismo democrático.

<sup>7</sup> En 1938, Hernández Martínez nombró como Director de la Escuela Militar a Eberhardt Bohnstedt, general *Wehrmacht*, aunque al estallar la guerra mundial la presión estadounidense lo obligó a cambiar de bando.

<sup>8</sup> Curiosidades de los nuevos tiempos neofascistas, recientemente el primer ministro nada menos que de Israel, Benjamin Netanyahu, trató de reducir la culpabilidad genocida de Hitler lanzando la tesis de que el Holocausto no figuraba entre las intenciones del Führer, sino que el exterminio de judíos habría sido aconsejado por el Muftí y que el influenciable Hitler habría seguido al pie de la letra esos consejos. De ese modo, la derecha sionista llega hasta las últimas consecuencias de su brutalidad ideológica buscando mejorar la imagen hitleriana (ABC Internacional, 31 de mayo de 2016).

<sup>9</sup> “La formación letona de las Waffen SS fue creada en 1943 y estuvo integrada por 150 mil hombres que se enrolaron en las filas fascistas de manera voluntaria. Entre algunas de las atrocidades que cometieron destaca la extinción casi total de la población judía del país” (RT, “Marcha de veteranos de las Waffen SS en Riga”, 16 de marzo de 2014).

Tampoco en Polonia, miembro también de la Unión Europea, parecen producirse graves problemas ante la existencia de un gobierno neofascista, la rusofobia más extrema y la adhesión a las reglas europeas en materia de derechos humanos e institucionalidad democrática. En Francia, el Frente Nacional adapta sus orígenes fascistas a los nuevos tiempos, acentúa su xenofobia, su agresividad anti-islámica, anuda lazos con la extrema derecha de Estados Unidos, pero busca suavizar –maquillando con colores republicanos– su imagen extremista a nivel local.<sup>10</sup> En todos esos casos, el antiguo antisemitismo es colocado debajo de la alfombra o tirado al basurero –mientras se observa con simpatía la cruzada antiislámica de Benjamin Netanyahu– y la obsoleta demagogia “social” de Mussolini es remplazada por la de las instituciones democráticas.

En América Latina podemos encontrar similar acatamiento formal a las reglas de la democracia representativa en regímenes dictatoriales y protodictatoriales como los de Honduras, Brasil, Argentina, México o Paraguay, en algunos casos apoyados en la histeria neofascista de las clases medias. En varios de esos gobiernos autoritarios se codean viejos fascistas antisemitas con sionistas, resultado de curiosas convergencias de generaciones diferentes. La amplitud neofascista no se detiene en las puertas del imperio donde Donald Trump agrupa al racismo blanco de las clases bajas –con un cierto tufillo a Ku Klux Klan–, persigue a los inmigrantes y estrecha su amistad con la ultraderecha gobernante en Israel. Tampoco lo hace cuando se trata de realizar operaciones en la periferia promoviendo, por ejemplo, al Estado Islámico en Medio Oriente, buscando destruir Siria y acorralar a Irán. Aunque, en este caso, no deberíamos limitarnos al aspecto conspirativo del tema, ya que la maniobra se apoya en mercenarios, pero también en fuerzas sociales concretas de la región. La decadencia o desaparición de los viejos nacionalismos postcoloniales –nasserismo, kadafismo, nacionalismo argelino–, en un contexto de agravación de la crisis, ha dado pie a la emergencia de una suerte de neofascismo islamista, tradicionalista al extremo en materia religiosa (que, como otros tradicionalismos religiosos extremistas, deforma de manera delirante la historia religiosa). Se extiende así, de manera bizarra, el espacio neofascista global que, entre otras características, tiene la de no tener ideólogos de peso. No los necesita, ni le interesa tenerlos. Su diseño pragmático se corresponde con un grado mucho mayor de degradación civilizacional que en el caso del fascismo clásico. Aquí ya no hay rompecabezas ideológico a organizar, la nueva barbarie no busca encuadrar ideológicamente poblaciones, disciplinarlas

<sup>10</sup> “En el congreso del Frente Nacional en Lille este domingo [11 de marzo de 2018], Marine Le Pen, elegida por tercera vez presidenta del partido xenófobo y antiinmigrantes propuso cambiar de nombre al partido. Quiere rebautizarlo como ‘Rassemblement National’. La llama del logo, que es un calco del logo del neofascismo italiano del Movimiento Social Italiano (MSI), será conservada. Entre los invitados estaba Steve Bannon, ex asesor de Donald Trump, que dijo a los militantes que ‘la historia está de nuestro lado y nos va a llevar a la victoria’. El ‘rebranding’ es una necesidad después de que el FN perdió su liderazgo en las encuestas” Abignolo (2018).

culturalmente, militarizarlas, sino introducirlas en una suerte de dualidad caótica, con un polo dominante saqueador, superexplotador, socialmente restringido y grandes masas humanas marginadas. Heidegger está de más, bienvenidos los manipuladores mediáticos, los magos de la posverdad inyectada en las redes sociales, los exitosos del inmediatez nihilista.

*Segunda constatación. Del fascismo industrial al neofascismo financiero*

El fascismo emergió de las crisis del capitalismo liberal europeo, en cuya cima se encontraba la *Haute Finance* –señalada por Polanyi– imperialista, es decir, como lo enseñaba Lenin dominado por el capital financiero (sic). Sin embargo, ese tipo de dominación, para expresarlo en términos gramscianos, no se había convertido en hegemonía. La cultura financiera no era todavía la cultura de la totalidad del mundo burgués. Su control era ejercido sin que su veneno ideológico hubiera invadido completamente al cuerpo productivo donde predominaba la industria, la modernidad aún tenía alma industrial.

De manera acertada, Jeffrey Herf caracteriza al nazismo como *modernismo reaccionario*, como aceptación e incluso exacerbación de las innovaciones tecnológicas combinada con el rechazo al legado de la Revolución Francesa, principalmente sus aspectos democráticos, igualitarios (Herf, 1993). De ese modo, el autor desautoriza la presentación del hitlerismo como simple oscurantismo, como retroceso a una suerte de medievalismo troglodita. Aunque Herf lo señala como especificidad alemana, sin embargo, el fascismo italiano e, incluso, el franquismo y su fundamentalismo católico ultramontano, podrían ser caracterizados de la misma manera.

Albert Speer, que fue ministro de armamento y guerra de Hitler, trató de justificarse durante los Juicios de Nuremberg y luego en sus memorias señalando: “los criminales sucesos de aquellos años no sólo fueron el fruto de la personalidad de Hitler. El alcance de los crímenes también se debió al hecho de que Hitler fue el primero capaz de emplear los instrumentos tecnológicos para multiplicar el crimen, a mayor tecnología mayor es el peligro” (Speer, 1970). La culpabilización de la tecnología lleva a otorgarle un alto nivel de autonomía respecto de las decisiones humanas, se trata de una suerte de fetichismo tecnológico que cumple un papel decisivo en la cultura moderna.

En el imaginario modernista de comienzos del siglo xx, tecnología era casi equivalente a tecnología industrial, con sus máquinas cada vez más eficaces, con grandes organizaciones estatales o privadas, civiles o militares, intentando funcionar a la perfección imitando a las máquinas visualizadas como paradigma superior del progreso. El paraíso autoritario aparecía como una gran máquina humana obedeciendo mecánicamente a quienes la manejan. El fascismo clásico puede ser, entonces, pre-

sentado como expresión autoritaria de la modernidad industrial, durante las primeras décadas de la decadencia. No es exagerado hablar, así, de *fascismo industrial*.

A diferencia de ello el neofascismo emerge mucho tiempo después, arrastrando viejas historias, pero inserto en un universo capitalista completamente financiarizado, donde las innovaciones tecnológicas de la industria, la agricultura o la minería forman parte de una dinámica general de negocios en la que prevalece la cultura financiera, sus ritmos, su reproducción parasitaria. Donde la urbanización degenera en caos, donde la fragmentación social y la transnacionalización han quebrado integraciones nacionales y articulaciones estatales. Con tasas de ganancias productivas tendencialmente a la baja y tasas de crecimiento económico anémicas en los capitalismo dominantes tradicionales y desacelerándose en China. La hegemonía parasitaria en el área central histórica del capitalismo global, capturando de manera irregular a vastas zonas periféricas, se corresponde con una etapa muy avanzada de la decadencia sistémica, su imagen financiera, es decir no productiva, mafiosa, volátil, aventurera, define la identidad neofascista.

*Tercera constatación. El neofascismo como ruptura del metabolismo humanidad-naturaleza*

Anticipado por Marx –que recogía estudios avanzados de su época como los de Liebig–, aunque sin ocupar un lugar central en su obra, el fenómeno de ruptura del equilibrio entre la reproducción social y la de la naturaleza termina por ser realidad en el siglo XXI. La devastación del medio ambiente, el agotamiento de recursos naturales, forman ahora parte de la dinámica del capitalismo. Las avalanchas de la agricultura transgénica, de la minería a cielo abierto, de la hipertrofia y polución urbanas son algunas, y decisivas, manifestaciones de un proceso cuya magnitud amenaza con restringir de manera significativa las condiciones de la existencia humana en el planeta. La superexplotación de recursos energéticos, por ejemplo, ha conducido a una rápida reducción de las reservas petroleras con reemplazos insuficientes a la vista, lo que llevará a una dramática degradación de las actividades económicas y sociales en general.

Una de las características de las tendencias neofascistas es su rechazo a las llamadas “tonterías ecológicas”, que desalentarían las inversiones perjudicando el desarrollo empresarial. No se trata de un capricho autoritario sino de la expresión de la necesidad profunda del gran capitalismo de rentabilizar sus negocios en una era donde las bajas tasas de ganancias productivas los obligan no sólo a practicar el canibalismo financiero sino también a reducir costos y tiempos saqueando recursos naturales.

Estados Unidos y su gobierno están a la vanguardia del proceso destructivo global (Greshko, Parker y Howard, 2018). El abandono del Acuerdo de París sobre cambio

climático en nombre del empleo y el desarrollo industrial aparecen como una medida demagógica nacionalista de Donald Trump, que responde a las presiones de los grandes grupos económicos de Estados Unidos cuyo único objetivo es aumentar sus ganancias destruyendo a su paso todos los obstáculos ecológicos que se les presenten.

El aspecto financiero del neofascismo converge con sus prácticas devastadoras de la naturaleza, de articulaciones sociales y de supervivencias culturales cuya interacción metabólica comienza a fracturarse a comienzos del siglo XXI.

*Cuarta constatación. El carácter occidental-imperialista del neofascismo sobredetermina a sus manifestaciones ideológicas parciales*

Existió un discurso fascista, con sus variantes nacionales, regionales, religiosas o poniendo a la religión en un segundo plano, más allá de sus mezclas oportunistas, exhibiendo un conjunto de paradigmas, estilos y hasta escenografías que le otorgaban una cierta identidad universal: las camisas pardas en Alemania, las negras en Italia, azules en las falanges españolas, en los *lancieris* rumanos o las camisas blancas de la falange boliviana, uniformaban a fuerzas militarizadas que ejercían la violencia contra la población civil.

Es muy difícil encontrar algo parecido en el neofascismo, su carácter universal viene dado por la intervención del imperio global estadounidense y no por escenografías o discursos comunes. Se trata de una ola reaccionaria de configuración variable. En Europa predomina el discurso racista contra los pueblos periféricos, xenofobia propagada en sociedades afectadas por el envejecimiento demográfico y la pérdida de dinamismo económico –tiene el aspecto de un neofascismo defensivo. En América Latina moviliza principalmente a clases altas y medias contra los pobres, donde se combinan, según los casos, racismo y segregación social internos. En Estados Unidos, uno de los baluartes de la victoria de Trump fueron las clases bajas blancas decadentes dominadas por el resentimiento social y la xenofobia, mientras que en Medio Oriente, una fuerza de choque decisiva fue el ultraislamismo del Estado Islámico, Al Qaeda y otras organizaciones “antioccidentales” financiadas y entrenadas por Occidente nutriéndose de bases sociales políticamente a la deriva desencantadas de la modernización. El objetivo imperial no es regimenterar sino controlar estratégicamente poblaciones caotizadas o apáticas, acorralar y si es posible destruir Estados rivales o fuera de control. Sobredeterminación imperialista que por su dimensión planetaria, su presentación ideológicamente confusa y su impacto devastador no debería ser vista como locura del polo dominante mundial sino como resultado decadente mucho más extenso de la reproducción ampliada negativa de la civilización burguesa que abandona completamente sus mitos progresistas para sumergirse en el nihilismo. Es un fenómeno que se expresa a través de indicadores productivos, tecnológicos, financieros, ambientales, demográficos, urbanos y otros que integran un proceso más

vasto, donde también aparecen la agonía de la racionalidad, el pesimismo social, el descrédito de la solidaridad.

### Luces y sombras

El fascismo aparentaba ser una avalancha imparable, así lo creyó por ejemplo Stefan Zweig, escritor de gran popularidad internacional entre las dos guerras mundiales, austríaco representativo de la alta burguesía liberal, que nunca pudo reponerse del shock causado por la llegada de la barbarie nazi. Marchó al exilio y terminó suicidándose en Brasil en 1942, tres años antes del derrumbe nazi. Murió creyendo en la victoria universal del nazismo. El mundo que añoraba, el del capitalismo liberal europeísta, no volvería más: “no somos sino fantasmas o recuerdos”, señaló, acerca de un universo desaparecido que reconocía plagado de injusticias, pero también de posibilidades de superación. Así lo describió en su obra póstuma, *El Mundo de ayer*, que curiosamente termina tal vez contradiciendo su pesimismo: “El sol brillaba con plenitud y fuerza. Mientras regresaba a casa, de pronto observé mi sombra ante mí, del mismo modo que veía la sombra de la otra guerra detrás de la actual. Durante todo ese tiempo, aquella sombra ya no se apartó de mí; se cernía sobre mis pensamientos noche y día. Pero toda sombra es, al fin y al cabo, hija de la luz (Zweig, 2002). Pero también madre de la luz sería necesario agregar, de una luz diferente, nueva.

La catástrofe nazi –su emergencia y derrumbe final– significó, engendró como reacción, el despliegue de fuerzas sociales regeneradoras de dimensiones nunca antes vistas. El fin de la Segunda Guerra Mundial abrió las puertas al socialismo en el centro-este europeo, a la Revolución China, a las grandes descolonizaciones en la periferia, obligando a las burguesías de los países centrales a ceder en sus propios territorios ante las demandas de sus trabajadores. Allí no regresó el viejo capitalismo liberal sino que se instaló la adaptación keynesiana. Eso era impensable, por ejemplo, hacia 1940, para quienes con criterio “realista” observaban las fuerzas en presencia, incapaces de percibir la dinámica profunda del mundo, el devenir posible que incluía entre sus alternativas el despertar de grandes masas humanas subestimadas buscando superar un sistema decadente.

El desafío neofascista es muy superior al que representó el fascismo, su capacidad letal es mucho más grande, sus víctimas potenciales ya no se cuentan en decenas de millones, sino en el mejor de los casos en centenas de millones, su reproducción devastadora amenaza la vida en el planeta. El coloso imperial dispone de la mayor maquinaria de guerra que jamás ha conocido la humanidad, su desarrollo comunicacional le permite atacar en cualquier lugar del mundo. Sin embargo, su naturaleza parasitaria, el alejamiento psicológico de su élite respecto de la realidad paralelo a su financiarización, la corrupción que la atrapa, su inmediatez desen-

frenado, lo conducen hacia derrotas o empantanamientos sorprendentes como los que ha sufrido en Siria y Afganistán o en su tentativa de domesticación de Rusia y China, como parte de su estrategia fracasada de control de Eurasia. O que, en el caso latinoamericano, lo han llevado a instaurar regímenes autoritarios sumamente frágiles como en Brasil o Argentina.

El Imperio se degrada empujado por sus estrategias de recomposición. Respuestas salvajes que, al intentar imponer una reproducción devastadora, que niega estratégicamente la supervivencia de la mayor parte de la humanidad, crea las condiciones de su caída. Si no hace nada se sigue hundiendo. Las tasas de ganancia corporativas caen, los tejidos productivos se debilitan, pero si hace lo que le dictan sus intereses concretos se hunde mucho más.

Cuando Hitler asumió como Canciller del Reich, Carl Schmitt, uno de los más destacados ideólogos del nazismo, declaró: “Hoy, 30 de enero de 1933, es posible afirmar que Hegel ha muerto” (Ayçoberry, 1979). Es decir, la Razón como fundamento de la civilización burguesa, la apuesta a una visión racional, científica, de la historia humana, de su desarrollo presente y futuro. Pero la reconfiguración ideológica nazi duró poco. Hegel empezaba a sufrir sus primeros achaques, pero siguió con vida sobreviviendo a ese primer momento de descomposición civilizacional, cuyo final fue simbolizado por el soldado soviético colocando la bandera roja en lo alto del Reichstag el 2 de mayo de 1945. No sólo Hegel seguía vivo sino que también otro alemán, Karl Marx, aparecía en la escena anunciando su victoria.

Nos encontramos ahora sumergidos en una decadencia mucho más profunda y extendida que la de los años 1920-1930, amenazando convertirse en un proceso de autodestrucción de alcance planetario. Además, según afirma una multitud de comunicadores y académicos, la ilusión postcapitalista del siglo xx ha sido enterrada, Marx ha muerto. Pero ocurre que los amos del mundo y sus seguidores no son los únicos protagonistas de esta historia, la humanidad sufriente abrumadoramente mayoritaria también existe, tiene memoria y capacidad de rebeldía –y la ejerce. La cúpula del Capitolio en Washington es un buen lugar para que, en el futuro, el fin de los devastadores culmine con la colocación de una bandera liberadora y con la sonrisa burlona de Marx anunciando que su defunción no era más que una posverdad propagada por el Imperio.

La imagen de la bandera sobre el Capitolio me genera algunos interrogantes. ¿Cómo será esa bandera? ¿Será roja, será una wiphala, tal vez una todavía no creada? ¿Quién la portará? ¿Un estadounidense, un chino, un francés, un mexicano, un egipcio, un peruano? En el caso de Berlín en 1945, la cosa estaba clara: tenía que ser inevitablemente un soviético levantando la bandera roja, pero ahora la multiplicidad de ofensivas imperiales y de resistencias, de desquicios económicos, sociales y ambientales

periféricos pero también en el centro del mundo, el caos global de deslocalizaciones industriales y estafas financieras me hacen pensar que el portador de la bandera puede ser cualquiera de ellos u otros, y que la bandera será el resultado de la creación de una humanidad rebelde. En su última etapa declinante, la civilización burguesa ha devenido completamente universal, la densidad de las intercomunicaciones globales y la transnacionalización de la economía han ido desdibujando especificidades creando nuevas formas de pluralismo de lo real, rehabilitando memorias olvidadas, en suma, haciendo posible la superación global de un sistema decadente.

### Bibliohemerografía

- ABC INTERNACIONAL (2016), “Netanyahu dice que fue el muftí de Jerusalén quien sugirió a Hitler el Holocausto”, en *ABC*, 31 de mayo. Dirección URL: <[https://www.abc.es/internacional/abci-netanyahu-dice-mufti-jerusalen-quien-sugirio-hitler-holocausto-201510211648\\_noticia.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F](https://www.abc.es/internacional/abci-netanyahu-dice-mufti-jerusalen-quien-sugirio-hitler-holocausto-201510211648_noticia.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F)>.
- ABIGNOLO, M. L. (2018), “El xenófobo Frente Nacional francés cambia de nombre y destituye a su fundador”, en *Clarín*, 11 de marzo, Buenos Aires. Dirección URL: <[https://www.clarin.com/mundo/xenofobo-frente-nacional-frances-cambia-nombre-destituye-fundador\\_0\\_ryT9ne7FG.html](https://www.clarin.com/mundo/xenofobo-frente-nacional-frances-cambia-nombre-destituye-fundador_0_ryT9ne7FG.html)>.
- AYCOBERRY, P. (1979), *La question nazie. Les interperetations du national-socialisme*, París, Éditions du Seuil.
- BACEVICH, A. (2012), “Uncle Sam, Global Gangster”, en *TomDispatch.com*, 19 de febrero. Dirección URL: <[https://www.tomdispatch.com/post/175505/tomgrampor ciento3A\\_andrew\\_bacevichpor ciento2C\\_uncle\\_sampor ciento2C\\_global\\_gangster/](https://www.tomdispatch.com/post/175505/tomgrampor ciento3A_andrew_bacevichpor ciento2C_uncle_sampor ciento2C_global_gangster/)>.
- COLE, Juan (2010), “Kirchner: Bush angrily said War Would Grow US Economy”, en *Informed Comment*, 29 de mayo. Dirección URL: <<https://www.juancole.com/2010/05/kirchner-bush-angrily-said-war-would-grow-us-economy.html>>.
- DE FELICE, R. (1975), *Comprendre le fascisme*, París, Editions Seghers.
- DEYOUNG, K. y K. BRULLIARD (2012), “As U. S.-Pakistani relations sink, nations try to figure out ‘a new normal’”, en *The Washington Post*, 16 de enero. Dirección URL: <[https://www.washingtonpost.com/world/national-security/as-us-pakistani-relations-sink-nations-try-to-figure-out-a-new-normal/2012/01/13/gIQAkfw3P\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/world/national-security/as-us-pakistani-relations-sink-nations-try-to-figure-out-a-new-normal/2012/01/13/gIQAkfw3P_story.html)>.
- DILIP, Hiro (1999), “The Cost of an Afghan ‘Victory’”, en *The Nation*, 15 de febrero. Dirección URL: <<https://www.thenation.com/article/archive/cost-afghan-victory/>>.
- FOOD RESEARCH AND ACTION CENTER (s/f), *Supplemental Nutrition Assistance Program (SNAP)*. Dirección URL: <<https://frac.org/programs/supplemental-nutrition-assistance-program-snap>>.
- FOSTER, J. B., H. HOLLEMAN y R. MCCHESENEY (2008), “The U. S. Imperial Triangle and Military Spending”, en *Monthly Review*, octubre. Dirección URL: <[ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 47-48, ENERO-DICIEMBRE, 2021, PP. 153-189.](https://month-</a></p>
</div>
<div data-bbox=)

- lyreview.org/2008/10/01/the-u-s-imperial-triangle-and-military-spending/>.
- GOLDHAGEN, D. (1998), *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus.
- GRESHKO, M., L. PARKER y B. HOWARD (2018), "A Running List of How Trump Is Changing the Environment", en *National Geographic*, 23 de marzo. Dirección URL: <<https://news.nationalgeographic.com/2017/03/how-trump-is-changing-science-environment/>>.
- HELLMAN, C. (2011), "The Real US National Security Budget. The Figure No One Wants You to See", en *Truthout*, 1 de marzo. Dirección URL: <<https://truthout.org/articles/the-real-us-national-security-budget-the-figure-no-one-wants-you-to-see/>>.
- HERF, J. (1993), *El modernismo reaccionario. Tecnología, política y cultura en Weimar y el Tercer Reich*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ISA CONDE, N. (2008), "Estados neoliberales y delincuentes", en *Aporrea*, 20 de enero. Dirección URL: <<http://www.aporrea.org/tiburon/a49620.html>>.
- ISENBERG, D. (2012a), "Contractors and the US Military Empire", en *HuffPost*, 14 de agosto. Dirección URL: <[https://www.huffpost.com/entry/contractors-and-the-us-mi\\_b\\_1771333](https://www.huffpost.com/entry/contractors-and-the-us-mi_b_1771333)>.
- ISENBERG, D. (2012b), "Contractors in War Zones: Not Exactly Contracting", en *Time*, 9 de octubre. Dirección URL: <<https://nation.time.com/2012/10/09/contractors-in-war-zones-not-exactly-contracting/>>.
- JAY, M. (1973), *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research 1923-1950*, London, Heinemann.
- KALECKI, M. (1943), "Political Aspects of Full Unemployment", en *Political Quarterly*, vol. 14, octubre-diciembre.
- KALECKI, M. (1972), *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press.
- KENNEDY, P. (1989), *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janés.
- LIND, W. S. *et al.* (1989), "The Changing Face of War: Into the Fourth Generation", en *Marine Corps Gazette*, octubre.
- LOSURDO, D. (2004), "Las raíces norteamericanas del nazismo", en *Enfoques Alternativos*, núm. 27, octubre, Buenos Aires.
- MALEK, A. A. (1978), "Political Islam", en *Socialism and the Developing Countries. Socialism in The World*, núm. 11, Cavtat, Yugoslavia.
- MACDONALD, S. (2007), "Globalization and the End of the Guns and Butter Economy", en *KWR Special Report*, 26 de octubre. Dirección URL: <<http://kwrintl.com/library/2007/globalizationguns.htm>>.
- OAKES, W. J. (1944), "Towards a Permanent War Economy?", en *Politics*, febrero.
- PIKETTY, T. y E. SAEZ (2012), "Top Incomes and the Great Recession: Recent Evolutions and Policy Implications", en *13th Jacques Polak Annual Research Conference*, 8 y 9 de noviembre, Washington, D. C. Dirección URL: <<https://>

- [www.imf.org/external/np/res/seminars/2012/arc/pdf/PS.pdf](http://www.imf.org/external/np/res/seminars/2012/arc/pdf/PS.pdf)>.
- POLANYI, K. (2007), *La gran transformación*, Argentina, Fondo de Cultura Económica.
- PRESTIPINO, G. (2004), *Guerra e pace*, Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici/ La Città del Sole.
- PRIEST, D. y W. M. ARKIN (2010), “Top Secret America. A Hidden World, Growing beyond Control”, en *The Washington Post*, 19 de julio. Dirección URL: <<https://www.washingtonpost.com/investigations/top-secret-america/2010/07/19/hidden-world-growing-beyond-control-2/>>.
- PRIEST, D. y W. M. ARKIN (2011), “Top Secret America. A Look at the Military’s Joint Special Operations Command”, en *The Washington Post*, 2 de septiembre. Dirección URL: <[https://www.washingtonpost.com/world/national-security/top-secret-america-a-look-at-the-militarys-joint-special-operations-command/2011/08/30/gIQAvYuAxJ\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/world/national-security/top-secret-america-a-look-at-the-militarys-joint-special-operations-command/2011/08/30/gIQAvYuAxJ_story.html)>.
- RAUSCHNING, H. (1980), *La révolution du nihilisme*, Paris, Gallimard.
- RED VOLTAIRE (2012), “Protesta Rusia contra entrenamiento de provocadores sirios en Kosovo”, en *Red Voltaire*, 6 de junio. Dirección URL: <<https://www.voltairenet.org/article174516.html>>.
- SHIERHOLZ, H. y L. MISHEL (2009), “The Wage Implosion”, en *Economic Policy Institute*, 3 de junio. Dirección URL: <[https://www.epi.org/publication/20090603\\_the\\_wage\\_implosion/](https://www.epi.org/publication/20090603_the_wage_implosion/)>.
- SCHIFF, P. D. (2010), “Why Not Another World War?”, en *Business Insider*, 19 de julio. Dirección URL: <<https://www.businessinsider.com/why-not-another-world-war-2011-3?r=MX&IR=T>>.
- SPEER, A. (1970), *Inside the Third Reich*, Nueva York, Macmillan.
- STERNHELL, Z. (1978), *La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme, 1885-1914*, Paris, Editions du Seuil.
- STOCKHOLM INTERNATIONAL PEACE RESEARCH INSTITUTE (s/f) (SIPRI), *Databases*. Dirección URL: <<https://www.sipri.org/databases>>.
- SWEEZY, P. y P. BARAN (1966), *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, New York, Monthly Review Press.
- UNITED STATES BUREAU OF LABOR STATISTICS (s/f), *United States Bureau of Labor Statistics*. Dirección URL: <<https://www.bls.gov/>>.
- VANCE, T. N. (1950), “After Korea What? An Economic Interpretation of U. S. Perspectives”, en *New International*, noviembre-diciembre.
- VANCE, T. N., (1951), “The Permanent Arms Economy”, en *New International*, vol. 17, núm. 1, enero-febrero.
- VERMEIL, E. (1939), *Doctrinaires de la révolution allemande*, Paris, Fernand Sarlot.
- ZWEIG, S. (2002), *El mundo de ayer*, Barcelona, Acantilado.